

DE ANGELIS DIFUSOR DE VICO: EXAMEN DE UN PARADIGMA INDICIARIO

José I. Szabón

El autor trata de determinar si la recepción de G. Vico en el contexto de la cultura rioplatense decimonónica se debió directamente a De Angelis o Michelet, aparentemente influido a su vez por De Angelis. Si la primera idea es plausible, dada la estancia del mismo italiano en la Argentina, entonces la conclusión parece clara: el verdadero papel de De Angelis en la difusión decimonónica de Vico no es un hecho, sino algo desconocido. Sin embargo, el hecho de que algo no se encuentre mostrado por la evidencia documental no impide su existencia ficcional.

The author tries to determinate if the reception of G. Vico in the context of the River Plate Culture of the nineteenth century was due directly to De Angelis, or to Michelet, apparently influenced in turn by De Angelis. If the first idea is plausible, through the stay of the Italian himself in the Argentine, then the conclusion seems clear: the true rôle of De Angelis in the spread of Vico in the nineteenth century is an unknown, and not a fact. However, the fact that something is not shown by documentary evidence does not prevent it being fictionally supposed.

I. Prismas

Equívoca y singular, la peripecia rioplatense de Pedro de Angelis -el cultivado napolitano que Destutt de Tracy elogiara a Rivadavia en 1826¹ y que tres décadas más tarde se consideraba, autoconmiserativamente, «un mazorquero»²- ha sido vista siempre como la conversión imperfecta de tales extremos, condensados por eso en una ambivalencia específica: la del «intelectual rosista». Aunque la fórmula sea dudosa, sus términos se sostienen: antes y durante la colaboración con Rosas (también después de ella, como lo prueba el admirativo acercamiento de Mitre), de Angelis fue reconocido, según los criterios de prestigio de la época, como un dotado y perseverante practicante de las tareas del intelecto. Pero ni su estólida promoción de valores pasatistas (en el ataque a la Asociación de Mayo, p.e.), ni su adscripción funcional,

especializada, a los modernos aparatos de consenso (la prensa oficial u oficiosa que activó sus energías) bastan para asignar sus ejecutorias a una de las figuras características de la dicotomía gramsciana. Ni «tradicional», ni «orgánico» (para lo primero carecía de arraigo y de nexos corporativos; para lo segundo, de la independencia mínima del organizador cultural), de Angelis fue un intelectual solitario³, de adhesiones políticamente maleables y de empresas episódicas (y aventuras inciertas) en el espíritu del «*pane lucrando*», pero esos avatares no llegaron a comprometer, ni a debilitar, una elección más firme que mediatizaba a las otras: la del trabajo del documentalista, la pasión del archivo, el gusto por la exhumación de fuentes y la reconstrucción de linajes (biográficos y territoriales).

Desplegados en continuidad los recursos insumidos en una labor variada que autorizaba ciertos empeños como rescate de otros, exhiben un inventario desperejo de logros intelectuales y miseria ideológica, de conquistas eruditas y resignaciones de amanuense⁴ (si por las primeras era merecedor de la Academia Pontaniana, a la que perteneció, las últimas lo empujaban hacia las páginas satíricas de *Amalia*, que no obstante lo perdonaron).⁵ En el balance de la diversidad, tampoco se puede omitir la doble inscripción del trabajo arqueológico de búsqueda de textos en la economía general de los intereses de de Angelis: exhumación destinada a la compilación sistemática de documentos históricos, cuya publicación él desea ininterrumpida (contra las dificultades y la adversidad del bloqueo),⁶ por un lado; por otro, afán acumulativo y celoso, acopio personal y gratificante de manuscritos originales y piezas curiosas que aproximan a su poseedor al perfil benjaminiano del coleccionista (desdoblado, con recurrencia, en el traficante que regateaba encarnizadamente el precio de sus rarezas con los eventuales adquirentes de varias cancillerías).⁷ Ambivalencias, en fin, de su propia condición de extranjero en América, ya que la vicaria prédica nacionalista que llegó a vocear en tres lenguas no lo preservaba del recelo del régimen que la usufructuaba pero sí lo exponía a la vindicta de su antagónico relevo (podía recordárselo su experiencia europea); de allí, un consistente anhelo de retorno que no lo abandonó por años y se extendió, con intervalos, durante todo el período rosista y luego, hasta su muerte. Durante ese lapso, fue habitual que se refiriera a la Argentina como «ese desdichado país» y que deseara un golpe de suerte que lo arrancara «de este último rincón del mundo»⁸. De allí también que algunos biógrafos lleguen a preguntarse por el real alcance de su adhesión a Rosas, hasta tal punto la confesión privada cuestiona la imagen pública y esboza las sinuosidades de un carácter, la disociación interna de una vida marginal.

El tema que aquí nos interesa -su papel en la difusión de la filosofía de Vico- es intratable fuera de este contexto de identidades borrosas en el que los datos firmes de una existencia histórica mutan de improviso su sentido cuando el biógrafo los baraja con otros improbables o seguramente ficticios. Esa precariedad agobia el recuento de una vida y la convierte en otra, apta para la tesis autosuficiente del historiador que la evoca y flexible a los requerimientos del *partipris* de una u otra tendencia. Para ello no hace falta incurrir en los procedimientos de Rivera Indarte, que rebajó su biografía a prontuario, o en los de Clara Bistoni, que la elevó a paradigma.⁹ Basta intercalar pequeñas sospechas o favorables conjeturas y tramar un relato plausible que debilite la incertidumbre de un destino: en su lugar, surgirá una «esencia circular» (la frase es de Sartre) y de Angelis resultará legible en sus esplendores o en sus ignominias.

Así, Groussac introdujo la duda metódica sobre los recursos de que se valió de Angelis para

armar su Colección de fuentes (habría saquedo con minucia los archivos nacionales) y tan inapelable deducción pudo regir hasta 1941, cuando Teodoro Becú estuvo en condiciones de exhibir las pruebas absolutorias.¹⁰ Así, en un registro menos judicial que llanamente curricular, de Angelis pudo preciarse de una permanencia en la corte rusa -de acuerdo con los honores que le asignó, por ejemplo, el discurso laudatorio de Enrique Arana-¹¹ hasta que el prolijo archivo de Doña María Luisa Vernet de Castro Almeyra le permitió a Ignacio Weiss rotar tal fatiga diplomática y asignarla a París.¹² No hay que olvidar, por lo demás, que la ventura rusa de de Angelis se enriqueció de precisiones incluso con la reconstrucción de un historiador que no amaba demasiado: Ricardo Rojas situó con exactitud su misión diplomática de 1820 en la corte de Catalina la Grande, que murió en 1796.¹³ Ese fue, sin duda, otro «alarde de erudición» de Rojas, para utilizar la fórmula con la que el biógrafo del biógrafo, Alfredo de la Guardia, califica a la *Historia de la Literatura Argentina* del maestro.¹⁴

Pero sin llegar a ese extremo de escritura fantasiosa de la historia, las reconstrucciones de la vida y realizaciones de de Angelis contienen, generalmente, cierta incongruencia fáctica o alguna postulación insegura cuya verosimilitud se acrecienta por su sola mención residual en la escueta iteración del lugar común. A este género pertenece esa versión bifida que atribuye al publicista napolitano un papel destacado en la propagación de la filosofía viquiana en ambas márgenes del Océano; aún en la actualidad no es infrecuente hallar referencias episódicas al supuesto logro de de Angelis que, por su mismo carácter intersticial y no tematizado, se declaran tributarias de un *hecho conocido*; éste se ve, así, confirmado como dato y disponible para futuras apelaciones a su evidencia. No es ocioso, sin embargo, examinar las piezas del dossier y averiguar la pertinencia de las atribuciones. Desde el comienzo, se trata de una tarea doble, ya que la consistencia de la versión se apoya en una distribución dual de sus elementos indiciales, de tal modo que cada mitad refuerza a su complementaria y es reforzada por ésta.¹⁵ De Angelis hizo conocer a Vico en París; de Angelis hizo conocer a Vico en el Plata: cualquiera sea la dirección de la pesquisa -retrospectiva o prospectiva-, se encontrará su confirmación en la estación siguiente y las dudas se debilitarán por la simple redundancia de las hipótesis.

Para comenzar, tengamos en cuenta que entre las dos únicas «pruebas» de la eventual conexión de de Angelis con la difusión de la obra de Vico median diez años: los que van del reconocimiento de Michelet en el Prefacio de su traducción parcial (y adaptación) de la *Scienza Nuova* (1827)¹⁶ a la nota del *Fragmento preliminar* (1837) de Alberdi, donde éste manifiesta estar informado del propósito de de Angelis de hacer conocer a Vico.¹⁷ Variadas fueron las empresas culturales del napolitano en ese lapso -creación de casas de enseñanza, fundación y dirección de periódicos, promoción de la edición de una colección de autores latinos, participación en una comisión de reforma de los métodos de la instrucción pública y en otra sobre la colonización de tierras tomadas a los indios, compilación de piezas históricas de los países sudamericanos con vista a su posterior difusión sistemática, publicación de biografías de mandatarios provinciales argentinos, así como de antologías del pensamiento napoleónico y hasta de una disquisición sobre liturgia eclesiástica-, pero ninguna de ellas parece haber contenido alguna recuperación, directa o indirecta, de las ideas del autor de la *Scienza Nuova*. Quienes han escrutado minuciosamente los resultados de esa labor durante el período decenal sólo registran la traducción al francés de un fragmento de ese libro, pero el texto no incluye

ninguna referencia a su destino ulterior: se trata de un manuscrito de de Angelis depositado en el Archivo General de la Nación entre los «Papeles que le pertenecieron», Quien desee saber a qué atenerse en cuanto a la eventual continuidad de una a otra «prueba» tiene como tarea menos la averiguación de lo transcurrido en el lapso que las separa -de todas maneras, bastante explorado- que el examen de su propia índole, de su carácter probatorio. Consideremos, entonces, sucesivamente el caso Michelet y el caso Alberdi.

II. La efusión de Michelet

En una de las dos biografías más extensas y documentadas de de Angelis -y la única que le consagra un volumen independiente-, asevera el autor que fue éste quien promovió la traducción de la *Scienza Nuova* al francés: «tenía el joven escritor [Michelet] apenas veintinueve años cuando emprendió -bajo la sugestión de De Angelis- su trabajo de traducir la obra de Vico». ¹⁸ Aquí nos hallamos con la modalidad extrema de la acreditación, en una fórmula -de Angelis como incitador de la traducción, como productor activo de una empresa de aclimatación de Vico en Francia que se hará real por su mediación (Díaz Molano, el biógrafo mencionado, asegura que «fuera de Italia, Vico era poco menos que desconocido»)- que, con variaciones de énfasis, aparece ocasionalmente en otros comentaristas: brevemente, gracias a de Angelis, Vico es «descubierto» por Michelet ¹⁹, quien, «entusiasmado» ²⁰ y cediendo a la sugerencia de aquél, acomete la traducción.

En una versión más controlada, aunque artificiosamente aderezada de hipótesis prescindibles y énfasis gratuitos, de Angelis aparece como colaborador de Michelet en el proyecto de traducción, en virtud de su cesión generosa de bibliografía viquiana, circunstancia que el traductor había agradecido efusivamente en el prefacio. Pero Ignacio Weiss, el documentado investigador de los «antecedentes europeos» de de Angelis ²¹ -a quien nos estamos refiriendo no se conforma con rescatar este núcleo verídico de la participación de de Angelis, sino que lo rodea de imaginativos contextos que amenazan desvirtuarlo. El procedimiento de Weiss consiste en potenciar el papel del publicista italiano en el entorno del historiador francés a partir de un juego intertextual con las alusiones de Michelet a la versación viquiana de de Angelis, que para el biógrafo resultan pródigas de indicios. Estos, en definitiva, lo autorizan a «deducir con seguridad» que el papel de de Angelis, al poner a Michelet «en condiciones de emprender su obra de divulgación de Vico en Francia, fue efectivamente decisivo y de cabal importancia». ²² Pero como este juicio parece desmedido aún al lado del cálido reconocimiento del traductor (quien habla de «bondad tan desinteresada» del italiano), Weiss se ve obligado a declarar que «sería demasiado pretender» de Michelet una admisión explícita de su deuda; y agrega: aunque no lo dice, «lo da a entender». ¿Cómo?: al nombrar solamente a de Angelis entre quienes lo ayudaron a realizar su trabajo. Tan reveladora resulta para Weiss esta singularización (que no siempre lo es, ya que en ocasiones de Angelis comparte honores con Iannelli), que en otro tramo de su alegato ella le sirve para asentar algunas tesis temerarias: por de Angelis «llegó Michelet a fijar su atención en la obra del filósofo napolitano»; él estuvo en «el origen de su admiración para con Vico» y él también constituyó «la fuente del estímulo que lo impulsó a emprender una traducción... de la *Ciencia nueva*». ²³ Existen elementos que desvirtúan esas

presunciones, pero entretanto consignemos que, a pesar de manejar de cerca las piezas del dossier, y no obstante una cauta discriminación entre el documento y la conjetura, Weiss no deja de sentirse irresistiblemente atraído hacia lo que llamamos la forma extrema de la acreditación: de Angelis como «descubridor» de Vico a Michelet e impulsor de su traducción.

Ahora bien, el carácter problemático de tal hipótesis reside en su encapsulamiento de la inclinación viquiana de Michelet; ésta es vista como una peripecia de su desarrollo intelectual sin lazo alguno con las corrientes de ideas entonces prevaletientes en Francia; al eclipsar el campo cultural, la narración del episodio sólo toma en cuenta una relación dialógica cuya productividad aparece magnificada y cuyo resultado se revela inaugural. Nada hay en los relatos de Alma Marani, de Elías Díaz Molano, de Enrique de Gandía,²⁴ que permita inferir la existencia de un medio intelectual ya conformado y dotado de un espesor propio que volverá plausible no sólo la posterior resonancia sino la anterior necesidad de un Vico en francés. Sólo con tal hundimiento del contexto puede aparecer, en el vacío histórico así suscitado, un de Angelis «revelador» y un Michelet «deslumbrado». Los elementos de esta crítica, sin embargo, no son igualmente válidos en el caso de Weiss, quien efectúa una recuperación parcial del contexto, pero pasa por alto sus datos más pertinentes. En pocas palabras: registra (siguiendo a Croce) la migración italiana de Vico a Francia, pero descuida el peso de la vocación viquiana local y, sobre todo, ignora el enlace de esta última con la empresa de Michelet.

La limitación de Weiss para una percepción más cualificada de la iniciativa micheletiana -y, con ella, de la mediación de de Angelis- reside en su dependencia unilateral de la atalaya crociana de «la fortuna» de Vico²⁵ (que lo distrae sin remedio de una paralela inspección de la historia de las ideas en Francia) y en el ejercicio adicional de un consistente voluntarismo hermenéutico. Este lo lleva a sobredimensionar la muy escueta referencia a de Angelis en la frondosa recapitulación de Croce (adjudicándole, además, en la economía de su propia argumentación, una función ajena a la explícita del autor), mientras, por otro lado, le veda una ilación plausible de los mismos datos que aquél le ofrece. Para abarcar el conjunto de estos problemas y, al mismo tiempo, sistematizar el tratamiento de la cuestión, creemos necesario distinguir, en el ambiente cultural francés: a) los italianos transmisores de Vico; b) los franceses difusores de Vico; c) el modo de acceso de Michelet a Vico. Sólo entonces estaremos en condiciones de evaluar d) el papel desempeñado por de Angelis.

a) La historia de la recepción de Vico en Francia y, más precisamente, de la difusión de sus ideas en lengua francesa (es tradición que Montesquieu conocía la *Scienza Nuova* y se discute el aprovechamiento que hizo del texto)²⁶ está asociada a la diáspora de un grupo de jóvenes liberales que, luego de la caída de la república napolitana de 1799, se radicaron en la Italia septentrional y en París, convirtiéndose en «ardientes apóstoles y misioneros» del filósofo.²⁷ Personalidades y órganos de edición de Francia fueron receptores de ese apostolado: Vincenzo Cuoco en comunicación con Degérando y, particularmente, Francesco Salfi en diversos impresos, introdujeron aspectos del pensamiento de Vico en el medio filosófico francés.²⁸ Artículos en la «Revue Encyclopédique» publicados a partir de 1819 y el *Eloge de Filangieri* de 1822 -todos de Salfi- forman parte de esa tarea de implantación. Como Weiss sigue de cerca la reconstrucción crociana (apéndice de *La filosofía di Giambattista Vico* que resume tramos de una anterior *Bibliografía vichiana*), anota escrupulosamente todos estos antecedentes, pero

ellos no aparecen luego integrados en su presentación. Pues luego de una rápida semblanza biográfica de de Angelis, refiere la total disponibilidad en que se habría encontrado Michelet para recibir de aquél «pensamientos y concepciones nuevas o descubrimientos de pensadores antiguos»,²⁹ con lo cual adjudica tácitamente al historiador (quien se preciaba de haber tenido en esos años «una tendencia enciclopédica, una curiosidad universal»)³⁰ la ignorancia completa de una labor de difusión que fatigaba las prensas justamente de París. Si esa desconexión entre los elementos que pone en juego afecta de inconsistencia la argumentación de Weiss, su omisión de otros contribuye a debilitarla aún más.

b) El impulso inicial a los estudios sobre Vico en Francia se debió a la obra e influencia de los italianos emigrados, pero su desarrollo posterior estuvo en mano de filósofos e historiadores franceses. A uno de estos últimos (y alguien de quien Michelet se sentía próximo por la inspiración de sus trabajos) le ha sido atribuida cierta consonancia de miras con el pensamiento histórico viquiano. Es el caso de Agustín Thierry, cuya concepción del medioevo y del feudalismo admitiría ese linaje ideal, según lo plantea Croce en el mismo libro por el que se orienta Weiss, si bien lo hace en un lugar distinto del Apéndice que monopoliza la atención de este último.³¹ Aunque Croce no llega a aseverar la frecuentación de Vico por parte de Thierry, otro estudioso³² ha señalado no sólo que éste la visión evolutiva y civil de la historia «en el sentido del desarrollo» (contrapuesta al romanticismo involutivo de la tradición alemana) es similar a la de Vico, sino que a partir de Thierry es que se explica la repercusión alcanzada en Francia por el estudio de Vico impulsado, entre otros, por Michelet.³³ Croce cita asimismo la obra de Ballanche, gestada hacia la misma época y publicada coincidentemente con el trabajo de Michelet (*Etudes de palingénesis sociale*, 1827, donde se lamenta el desconocimiento de Vico en Francia durante el pasado siglo).³⁴ También durante ese año Théodore Jouffroy publica en «Le Globe» un estudio comparado sobre las filosofías de la historia de Bossuet, Vico y Herder, pero su contenido había sido desarrollado en un curso dictado durante 1826.³⁵ Pero ninguno de los mencionados tiene una importancia comparable a la de Victor Cousin en la recepción y propagación francesas de Vico. Si para la primera no se puede dejar de mencionar su amistad con el más efusivo propagador del filósofo napolitano, Francesco Salfi (entre otros exiliados a los que brindó protección), en cuanto a la segunda su consideración deberá encuadrarse en el tratamiento del caso de Michelet.

b) El descuido de la figura de Cousin en la reconstrucción de Weiss resulta patente del hecho de que apenas lo menciona como uno de los amigos parisinos de de Angelis, entre Villemain y Guizot, por ser ésta la nómina que aparece en una carta de Andrea de Angelis (hermano de Pedro) que transcribe Croce en su reseña «Voci d'esuli» (1913).³⁶ Al confinar la génesis de la traducción francesa de Vico *tête-à-tête* entre Michelet y de Angelis, Weiss -y, tras su huella, Díaz Molano y Alma Marani- dejan en la sombra sus verdaderas condiciones, el contorno preciso de un movimiento intelectual variado, transicional y, particularmente, poroso a los influjos del historicismo alemán e italiano. Que el «eclectico» Cousin desempeñó un papel central en la aclimatación de esta corriente (como también lo hizo en la promoción de un hegelianismo *sui generis*) es un dato transitado por las historias de la filosofía sobre el que no vale la pena detenerse. Pero lo que llama la atención en los biógrafos de Pedro de Angelis es la empeñosa interpolación de su rol en la gestación de un Vico francés al que el consenso

mayoritario de los historiadores atribuye una paternidad cierta, identificable y por completo ajena a aquél. Utilizando el término en la acepción usual, hay que decir que la tesis de Weiss (y su descendencia) configura una interpretación «revisionista»; sólo que ésta no moviliza ningún elemento nuevo, ningún documento ignorado, ninguna pieza desconocida que pueda agregarse al dossier. Simplemente, Weiss lee de otra manera lo que siempre estuvo a la vista de todos sin demorar la atención ni suscitar sospechas: el reconocimiento de Michelet a «M. le chevalier de Angelis» por haberle facilitado gran parte de la bibliografía en la que se basó para presentar la versión francesa de la *Scienza nuova*. Tal lectura innovadora, que muta el carácter explícito de una colaboración admitida por el carácter encubierto de una dependencia vergonzante (¿podía acaso Michelet aceptarla?: «sería demasiado pretender esto», contesta Weiss), se contrapone a la hipótesis prevaleciente durante un siglo y medio: Cousin como incitador de la traducción de Michelet así como mentor de la inclinación viquiana de éste.

Que una hipótesis determinada haya adquirido el arraigo del lugar común no basta para invalidarla, aunque sí sería suficiente para ello la postulación de otra más sólida y convincente. ¿Es el caso de la que adelanta Weiss (y copian los epígonos)? Pero el ademán de Weiss no es el de quien sostiene su conjetura contra un saber ya establecido -en este sentido, no es un revisionista-, sino el de quien busca desvelar una incógnita con las armas de la deducción. Ahora bien, la cuestión por aclarar no se recortaba sobre un vacío documental y hermenéutico, sino que formaba parte de una tradición de pensamiento y derivaba de un cuerpo de atribuciones. Era, menos que un problema, una correlación de antecedente y consecuente o, si se quiere, la expresión de un discipulado que había llegado a convertirse en un inciso poco problemático de las biografías y de la historia de las ideas. Weiss pudo haber leído, por ejemplo -entre otros lugares- en la panorámica exposición de Gooch *History and Historians in the Nineteenth Century* (cuya versión castellana estaba disponible desde 1942) que la sección consagrada a Michelet incluye esta llana referencia: «mientras dudaba aún de su vocación, Cousin le animó a que... tradujese a Vico»,³⁷ o el pasaje similar de un compilador de las *Oeuvres choisies* de Michelet (1934)³⁸ o, desde el ángulo de Cousin, esta síntesis abarcadora hecha por un antologista de fines de siglo: «con la ayuda de sus antiguos discípulos, emprendió toda una serie de traducciones... a su iniciativa debemos el conocimiento de la obra de los grandes poetas de la filosofía».³⁹ Lejos de ser puntualizaciones aisladas de esa deuda, ellas forman parte de una serie de acreditaciones idénticas que se prolonga hasta hoy: se las puede encontrar en las recapitulaciones de distintos autores, desde Georges Lefebvre⁴⁰ hasta Paolo Becchi. Este último ha llegado a conjeturar que, además del impulso dado por Cousin a los estudios viquianos en Francia (en el que se comprende el estímulo a Michelet para su traducción), el filósofo pudo ser el «anillo de conjunción» entre la cultura filosófica italiana (Vico incluido) y la alemana: a ello contribuía, por un lado, su amistad con Hegel y, por otro, sus múltiples conexiones con intelectuales y combatientes peninsulares.⁴¹

De todos modos, el mencionado impulso cousiniano al interés de Michelet por Vico constituye una hipótesis prevaleciente, pero no unánime. La disparidad de enfoques se remonta a la propia época de los protagonistas. Para la versión dominante, que tiene en cuenta el temprano acercamiento al historicismo del maestro Cousin, la manifestación pública de éste es concluyente: al año siguiente de aparecer los *Principes de la philosophie de l'histoire* (traduits

de la *Scienza nuova*) y las *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, había dicho desde su cátedra en la Sorbona: «he aquí las obras que recomiendo a mis jóvenes oyentes... me congratulo de haber estimulado a mis dos jóvenes amigos, los señores Michelet y Quinet, a dar a Francia a Vico y Herder». ⁴² Quienes disienten de esa paternidad pueden invocar la huraña precisión retrospectiva de Michelet, hecha en una época en que quería distanciarse de su anterior vinculación con los doctrinarios: «los señores Cousin, Guizot, no tuvieron ninguna influencia sobre mí... Yo quise y admiré a Cousin, pero desde lejos. No fue él quien me señaló a Vico (lo dijo por error)». ⁴³ La documentación existente no termina de decidir la cuestión. Una carta de junio de 1824 dirigida por Michelet a Cousin, en la que se refiere a las modalidades que tendría una traducción de Vico hecha por él parece la rendición de cuentas de un proyecto acordado (esto confirmaría el magisterio de Cousin en la empresa) ⁴⁴. Por otro lado, anotaciones de su *Journal des idées* de diciembre de 1823, cuando aún no conocía a Cousin, muestran a Michelet ya interesado en Vico y Herder (lo que demostraría un acercamiento independiente a esos autores). ⁴⁵ Ahora bien, el carácter hasta ahora indecible de la cuestión no mejora en nada las chances de la hipótesis *argentina*. En definitiva, la discusión de los historiadores de las ideas versa sobre los grados de influencia que pudo tener Cousin en el acercamiento de Michelet a Vico y en el estímulo a su traducción. Hasta el artículo de Weiss de 1948 a nadie se le había ocurrido transformar un préstamo de libros en un préstamo de ideas y a «M. le chevalier de Angelis» en el seductor filosófico del impresionable Michelet. ⁴⁶

d) Si bien la frase de Michelet referida a Cousin «no fue él quien me señaló a Vico», de haber sido conocida por Weiss podía haberle sugerido otro ejercicio de rescate de lo no dicho (en la línea del «sería demasiado pretender esto») como por ejemplo: «no fue él quien me señaló a Vico: fue de Angelis», podemos desentendernos de ese juego y apuntar a un resultado menos aleatorio. ¿Qué dicen efectivamente las piezas del «dossier» y hasta qué punto son susceptibles de confirmación? El primer dato de interés para un acercamiento metódico a la relación Michelet-de Angelis es el período preciso durante el cual ella existió. Hasta el momento nadie ha producido alguna constancia de que la *frecuentación recíproca* de los dos hombres fuera anterior o posterior a 1826, año de la traducción *in progress* y de la elaboración de su «Introducción», que requirió el aporte bibliográfico de de Angelis.

De esa fecha es la carta de despedida que este último dirigió a Michelet (al partir hacia Buenos Aires); Alma Marani cita un tramo de la misma que alude a una devolución de libros que el historiador, cuando ya no los necesitara, debía reconducir a Italia ⁴⁷ (se puede pensar que es la luego agradecida bibliografía viquiana); de ella también, Paolo Becchi menciona un fragmento en el que de Angelis recomienda a Michelet que no lo despida de Cousin. Otras cartas consultadas por Becchi en el Archivo Michelet son, asimismo, de 1826 (y en ellas «recurre casi siempre» el nombre de Cousin). ⁴⁸ En ausencia de otros testimonios, hay que concluir que el mencionado intercambio intelectual data del último período de la permanencia de de Angelis en Francia y que el mismo sólo puede resultar inteligible a partir de las palabras del propio Michelet en los tres lugares en que se refiere a aquél. ⁴⁹ Pero aquí es conveniente intercalar otra referencia contextual en la que insisten los biógrafos de de Angelis: la contemporánea y prolífica participación de éste en la composición de voces para la *Biographie universelle*, una obra que recogía, por orden alfabético, «la vida pública y privada de todos los hombres que se

hicieron notar por sus escritos, sus acciones, sus talentos, sus virtudes o sus crímenes». En su libro sobre *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis* (que no reivindica al napolitano como incitador de la traducción de Michelet), Weiss da la nómina completa de sus 215 esbozos biográficos, la gran mayoría de los cuales trata de personajes italianos.⁵⁰ En el sobre de Angelis y la difusión de la obra de Vico, el autor resume esa actividad; aquí, la mención, aunque breve, es inmediatamente anterior a la tesis del papel decisivo de de Angelis *vis-à-vis* de Michelet y tiene la función de enmarcarla. Un hombre consagrado a la «valorización de la cultura italiana» debía ser el necesario mediador de la introducción de Vico cerca de aquellos «jóvenes intelectuales franceses» ansiosos de hallar ideas nuevas o pensadores antiguos «para ponerlos en boga y valorizar».⁵¹

Es así como de la faena deangeliana en la *Biographie universelle* a la recepción y expansión de Vico por Michelet circula una misma corriente impulsora a la que hace inteligible un idéntico marco explicativo. Weiss y Marani valoran altamente el nutrido censo de los aportes de de Angelis a la *Biografía*: Echeverría lo minimiza abusivamente para mejor escarnecerlo; Enrique de Gandía lo respeta como inventario pero lo descalifica como tarea intelectual: se trataría, según él, de una mera divulgación propia de «glosadores que trabajaban como simples amanuenses».⁵² Así, para los primeros la transmisión viquiana deriva en línea natural de aquella labor previa, mientras el último cree descubrir un neto contraste entre una y otra (Echeverría, por su parte, no registra la colaboración con Michelet). Pero lo que ninguno hace notar es la anomalía de que un especialista de Vico -como se lo supone a de Angelis- no haya redactado la voz correspondiente de la *Biographie*. Una explicación «material» de la incógnita podría ser que los artículos de V aparecieron sólo en 1827 -de Angelis hizo sus aportes, en el período 1824-26, a los tomos de la R, la S y la T-, pero no es implausible pensar que los editores podrían haber aprovechado su versación encargándole anticipadamente el artículo, o que de Angelis tomara la iniciativa sabiendo de su inmediato desplazamiento a América. El hecho es que, cuando la voz «Vico» apareció, ella llevaba la firma de Michelet. Ahora bien, recientemente un investigador de la recepción europea de Vico ha consignado que en otra serie biográfica en la que colaboraba de Angelis (la *Biographie universelle et portative des contemporains*), éste «también se había comprometido a redactar la voz Vico, que luego en realidad no escribó».⁵³ La incógnita, pues, se mantiene entera en cuanto a la capacidad o disposición de de Angelis para presentar a Vico bajo su pluma y no sólo a través de presumibles coloquios con publicistas más decididos.

Por eso debemos considerar ahora otra alegación sobre la evanescente contribución del exiliado a la difusión de Vico en Francia: los trabajos que se le atribuyen sobre el filósofo napolitano. Al efectuar el recuento de «la vita e le opere» de de Angelis, Clara Bistoni había incluido entre las últimas «un estudio sobre las obras inéditas de Vico» que habría aparecido en París durante la permanencia de aquél en la capital francesa. Weiss, juiciosamente, descarta esa posibilidad: ni Croce ni investigador alguno de las obras de de Angelis menciona tal ensayo.⁵⁴ Díaz Molano, por su parte, asevera que, al tomar contacto con Michelet, el italiano «se apresuró a poner en sus manos un ejemplar de la 'Scienza nuova' y sendos ejemplares de sus estudios» sobre el filósofo.⁵⁵ Mientras la mención del apresuramiento es sólo un énfasis estilístico y la figura del «poner en sus manos» apenas una transcripción de Croce, la referencia

a una comunicación de presuntos «ejemplares de estudios» al historiador constituye una afirmación infundada o conjetural.

La conjetura, en este caso, sólo puede basarse en las palabras del mismo Michelet y en una lectura forzada de su contenido literal. Pues lo que afirma el prologuista-traductor es que «M. le chevalier de Angelis, auteur de travaux inédits sur Vico, a bien voulu nous communiquer la plupart des ouvrages italiens que nous avons extraits ou cités». ⁵⁶ Mientras el último tramo de la frase excluye a de Angelis como autor consultado (puesto que no figura en la nómina de citas ni aparece mencionado en la Introducción), el primero postula la existencia de «trabajos inéditos» que nadie vio. Weiss es el primero en reconocerlo, ya que asevera (con algo de pesar) que «ni se ha hallado rastro alguno de ellos». ⁵⁷ En realidad, tampoco Michelet dice (o demuestra) conocerlos: sólo los acredita a su colaborador, posiblemente a partir de una declaración suya. La efusión del agradecimiento -que no omite mencionar la «liberalidad de espíritu» y la «bondad tan desinteresada» de de Angelis al acercarle bibliografía pertinente- deja fuera de su alcance la lectura, la consulta y, con mayor razón, el comentario de esos textos fantasmales.

En las otras dos menciones de Michelet -en el artículo sobre Vico de la *Biographie*, donde de Angelis figura como «de A.» y en el apéndice a la vida de Vico en la edición de sus *Oeuvres choisies*, donde el nombre aparece completo-, el historiador alude a *opiniones* (que pudieron manifestarse verbalmente) y no a textos de aquél. ⁵⁸ Ambas incluyen a de Angelis entre las dos «personas que más han estudiado a Vico», pero, significativamente, la otra indicada es Cataldo Iannelli, de quien sí se conocen publicaciones sobre el filósofo. Agreguemos que Croce, sin referirse a la doble autoridad que invoca Michelet en tales pasajes, atribuye las ideas en cuestión (oposición a la leyenda de una oscuridad voluntaria de Vico) *sólo a Iannelli*⁵⁹: para él, de Angelis no pasa de ser el exiliado («un altro esule», dice) que puso la *Scienza nuova* «en manos» del traductor (dato que, a su vez, no integra el reconocimiento de este último). ⁶⁰

Resumiendo el estado de la cuestión en cuanto a la participación de de Angelis en el lanzamiento de la traducción de Michelet así como en la apropiación, por éste, del pensamiento de Vico, se puede establecer lo siguiente. En primer lugar, que la fuente principal que ilustra la colaboración entre los dos hombres es el cuerpo de referencias constituido por las tres menciones de de Angelis en otros textos de Michelet (las dos traducciones de Vico -1827, 1835- y el artículo «Vico» de la *Biographie*, 1827); una fuente adicional es la correspondencia del año 1826 que conserva el Archivo Michelet: ella fue examinada íntegramente en estos años por Becchi, aunque sus partes más significativas figuraban ya en un libro de Donati⁶¹ de 1936 (que Treves le reprocha a Weiss no recordar). ⁶²

En segundo lugar, que mientras la correspondencia permite, hasta cierto punto, reconstruir los orígenes de la colaboración, los textos publicados por Michelet atestiguan el carácter de la deuda por él reconocida, sin que otra fuente cuestione su versión. Entre uno y otro corpus la congruencia es total, si bien el último contiene algunos elementos suplementarios. En efecto, de las cartas se desprende que Michelet requirió algunas informaciones a de Angelis y éste, «con mucha gentileza, le respondió de inmediato poniendo a su completa disposición todos los libros de Vico de que disponía, encargándose además de hacerle llegar desde Nápoles los restantes»⁶³ (como ya dijimos, la carta de despedida clausura esta circulación al pedir de Angelis a su amigo que reconduzca los libros a Italia). ⁶⁴ El agradecimiento público de Michelet se refiere exac-

tamente a esa colaboración, ya que la «bondad tan desinteresada» que acredita a de Angelis remite a la circunstancia de que éste «tuvo a bien comunicarnos la mayor parte de las obras italianas que hemos transcrita o citado». No le agradece, en cambio, algún tipo de asesoramiento idiomático o filológico (que se podía esperar de un italiano culto y versado en Vico), pues en este aspecto, el reconocimiento va enteramente a su amigo Poret (quien, tres años antes, lo vinculara con Cousin, de quien era adepto)⁶⁵: «las numerosas dificultades que presenta[ba] el original» habían sido resueltas, en gran parte, gracias «al celo infatigable de su amistad». ⁶⁶

En cambio, Michelet introduce en este lugar -la traducción del '27- una alusión a «trabajos inéditos» de de Angelis, sin ninguna precisión sobre su contenido ni indicación de que los haya utilizado (o visto) y, en los otros lugares -artículo del '27 y traducción del '35-, una invocación conjunta de autoridad a de Angelis y Iannelli («las personas que más han estudiado a Vico») sólo corroborable para el último. Todas las elaboraciones posteriores sobre el aporte de angeliano a la difusión europea de Vico son glosas, inferencias, dilataciones y extrapolaciones de lo dicho por Michelet en esos pocos *loci* (y particularmente en la traducción del '27). Esto comprende también la económica mención de Croce en un sucinto recuento no cronológico (donde la intervención de de Angelis de 1826 antecede a los artículos de Salfi, publicados desde 1819): frase canónica para los biógrafos de de Angelis en la que éste aparece facilitando a Michelet un ejemplar de la *Scienza nuova*, suposición ésta extremadamente plausible si se entiende que el libro por traducir integraba «la plupart des ouvrages italiens» agradecidas, pero que de todos modos no se basa en ninguna especificación del traductor. Y así como el reconocimiento de Michelet a un aporte bibliográfico global fue transformado en testimonio de su descubrimiento de Vico, la alusión de Croce a su uso de un ejemplar de la *Scienza nuova* cedido por de Angelis quedó elevada a prueba del papel «efectivamente decisivo» del último en la divulgación de Vico realizada por el historiador francés en su país.⁶⁷ Ahora bien, la suma de los elementos aquí considerados no justifica ese énfasis (que busca corregir la supuesta renuencia de Michelet a admitir su deuda) y menos aún la tesis revisionista que desplaza a Cousin (y eventualmente a Salfi) como principal vía de acceso de Michelet al conocimiento de Vico.

¿Cuáles fueron los reales alcances de la intervención de de Angelis en la recepción francesa del pensamiento viquiano? Pese a la incontrolada amplificación de registros en que llegó a inscribirse la acotada manifestación de un agradecido joven estudioso -cuya posterior notoriedad prestigiara a sus interlocutores-, debemos concluir que, en la medida en que son verificables, ellos se circunscriben a la facilitación del acceso de fuentes. Claro que no puede descartarse -con diversas reservas y cualificaciones- la posibilidad de una mediación de angeliana en la incorporación de ciertos aspectos de una tradición de pensamiento, pero sin olvidar que otras más comprobables se ejercían contemporáneamente en el mismo campo cultural. Nos quedamos, en síntesis, con la imagen de un de Angelis *colporteur*, aunque permanezca en la sombra el inventario exacto de la diseminación que él pudo generar.

III. Un anhelo de Alberdi

Así como la tesis del papel protagónico de de Angelis en la posibilidad de una asimilación francesa del pensamiento de Vico tiene una fuente única de validación (que, en definitiva, no

la confirma), la tesis simétrica referida a la apropiación argentina se basa en un único *locus* (que no es más concluyente). Pero a diferencia del caso de Michelet, que tiene una función normativa y reguladora de las variantes interpretativas, el de Alberdi, carente de la misma centralidad, aparece subsumido en una densa red de vagas atribuciones y juicios parasitarios (arrastrados por la *routine* de la evocación), aunque siempre tiende a emerger, bien como caso *confirmatorio*, bien como inciso de la generalidad postulada: un ejemplo, entre otros.

Si nadie ha llegado a asignar a la mención de Alberdi en el *Fragmento preliminar* un rol fundacional en la hipótesis del desembarco de Vico en Buenos Aires por obra de de Angelis, ello se debe a que la lectura de la nota en cuestión se recorta sobre un espacio de conocimiento ya saturado por la omnipresencia de ese presunto magisterio. Hasta tal punto ha pesado la deriva micheletiana en la aureola del flamante huésped de la Atenas del Plata: es como si la mutación de escenario -la peregrinación del viaje al Nuevo Mundo- debiera entenderse a partir de un propósito uniforme, como las estaciones de un apostolado, y este nuevo Luz del Día hubiese declarado de inmediato su ansiedad por cumplir una misión autoasignada. ¿Cómo leer, si no, la noticia de que «al llegar a la Argentina en 1827... de Angelis... manifestó el propósito de hacer conocer a Vico en el país»?⁶⁸ No vale la pena profundizar en la inconsecuencia de tal presunción; de hecho, la mayoría de los comentaristas correlacionan la manifestación visible de la supuesta prédica (ahora ya fruto de una acumulación originaria) con la *Öffentlichkeit* servida por el Salón Literario. Aquí se anudan todos los lazos y ese recinto electivo de la modernidad filosófica queda convertido en la plataforma giratoria de un viquismo generalizado por obra de un maestro insustituible (ya que conquista adeptos en virtud de su posesión exclusiva del legado).

Una formulación económica y ampliamente connotativa es la de Fermín Chávez cuando evoca, sin buscarlo, la figura del diseminador: «Vico fue introducido en Buenos Aires por don Pedro de Angelis, quien lo había hecho conocer también en Francia diez años antes».⁶⁹ Está hablando, como es de suponer, del Salón y la frase remata una cita de Marcos Sastre referente a las lecturas científicas previstas, que incluían el tratamiento de «Vico, Herder y Jouffroy». Una vez más, Michelet (ya adaptado al ejercicio de variadas ventriloquías) sirve de caución para la rápida sintaxis de los datos disponibles: presencia de de Angelis en el Salón, mención de Vico, esbozo de un nuevo «descubrimiento». Esa matriz puede aún enriquecerse con elementos adicionales, dar lugar a un cuadro más vívido, convertirse en verdadera narración. Así, Alma Marani, refiriendo la misma escena central de la transmisión por obra del respetado de Angelis, dice: «signo claro de ese prestigio era la invitación de Marcos Sastre, al promediar 1837, para que explicara en el Salón Literario, frecuentado por la más escogida juventud ortefña, la *Scienza nuova* de Giambattista Vico».⁷⁰ En vano se recurrirá a la «Ojeada filosófica» de Sastre, citada por la autora, para corroborar un dato tan inequívoco: los nombres de «Vico, Herder y Jouffroy...Lamartine y Chateaubriand» están a varios párrafos de distancia y sin correlación recíproca con los de Vicente López, Gutierrez, Alberdi, de Angelis y Echeverría,⁷¹ mientras que la *Scienza nuova*, como se sabe, no figura en absoluto. En este caso, la modesta -pero plausible- conjetura de Ignacio Weiss («¿es arriesgado suponer que Pedro de Angelis tomara a su cargo las lecciones sobre Vico?») ⁷² compite con desventaja frente al encanto de la historia de ideas novelada que ofrece la Marani en un texto que incluye una notable cantidad de documentos, aunque no el que haría falta para el caso.

¿Y qué pensar de la doble y articulada atribución de Enrique de Gandía cuando nos cuenta que de Angelis «en Buenos Aires hizo admirar a Vico y logró que Echeverría, por ejemplo, hablara de él con suficiencia»?⁷³ La ascesis rigurosa que se impone el historiador en este punto nos impide conocer el fundamento de la tesis general y de la particular. Que de Angelis haya *hecho admirar* a Vico no es una evidencia sino una hipótesis y no contribuye a consolidarla la especificación que la acompaña: ¿necesitaba esa mediación Echeverría, un testigo directo de la propagación de Vico durante sus años parisinos? Dada la celebridad de su futuro choque en la prensa porteña y cisplatina, no es ocioso recordar algunos datos del problema de Angelis-Echeverría. La residencia de este último en París se extendió desde marzo de 1826 a mayo de 1830. Como nadie ha insinuado que los dos hombres se conocieran en esa ciudad (donde coincidieron durante la mayor parte del '26), hay que tener presente que Echeverría no pudo frecuentar a de Angelis sino después de su asimilación de primera mano de la difusión de ideas viquianas producida en la capital francesa justamente en los años de su estadía. En ese período aparecieron allí el artículo de Jouffroy en «Le Globe», la traducción y presentación de Michelet, los *Etudes de palingénésie sociale* de Ballanche, el curso de Lermnier, etc., además de producirse la *rentrée* de Cousin en la Sorbona (luego de la proscripción sufrida),⁷⁴ entre otros acontecimientos directamente relacionados con la generalización del conocimiento de Vico en Francia. Que Echeverría no dejó de registrarla lo prueban sus apuntes de Cousin, Vico y Lermnier, mencionados desde Gutierrez en adelante como testimonio de su aprendizaje filosófico.⁷⁵

Tal autonomía de acceso a obras básicas, comentarios y ecos múltiples de un pensamiento en boga hace innecesario e incongruente el discipulado subrepticio que le adjudica Gandía. Ciertamente, la «suficiencia» con la que Echeverría mencionó después a Vico (incluyéndolo entre los escalonados artífices de la «doctrina de la perfectibilidad» o la «ley del progreso humanitario»)⁷⁶ estuvo unida en él -aunque sin tematizar el nexo- al célebre rechazo del ascendiente intelectual que pudo haber ejercido de Angelis sobre su generación. Y la estentórea tirada en la que se presentó como portavoz de un medio cultural «que debe envanecerse de no deber, en materia de ideas, nada, absolutamente nada»⁷⁷ a quien ya llevaba veinte años de marcada figuración en ese medio, está demasiado próxima a la denegación de su logro menos discutible como para que la consideremos una evaluación equilibrada. Pero si Echeverría no quiere ver en el rescate de fuentes históricas realizado por de Angelis otra cosa que un «fárrago en folios» que nutre una «Colección indigesta»⁷⁸, no hay que olvidar que el registro en el que escribe es el de la diatriba reactiva:⁷⁹ es largo el trecho entre hipérbole descalificadora y la imputación de un complejo de inferioridad y no hay razón para trocar tales injusticias parciales en síntomas de una dependencia intelectual denegada. Poco se sabe de ese discreto intercambio de libros que en algún momento de los años treinta ocupó a de Angelis y Echeverría a través de Gutiérrez; éste, en cierto momento, debió ayudar al primero «a escoger alguna obra que pueda ser del agrado del señor Echeverría», pues -decía el corresponsal- «ignoro lo que sería inútil o indiferente».⁸⁰ No se puede encontrar en este tono la huella de un supuesto ascendiente intelectual como, por ejemplo, el bien marcado que exhibiera de Angelis cuando los primeros poemas publicados por Echeverría (de regreso en el país, en 1830) fueron de inmediato escrutados «por un extranjero bien conocido, cuyas pretensiones literarias le colocaban en la

obligación de abrir juicios» sobre ellos.⁸¹ Supiera o no de Angelis quién era el «joven argentino» que los firmaba,⁸² crítica y objeto aparecen prefigurando las posiciones antagónicas del '47: en uno, el ánimo regenerador; en el otro, la apología del orden. Pero, en definitiva, el conocimiento escaso y lacunario que poseemos sobre la relación entre los dos publicistas no autoriza ningún reclamo de autoridad magistral en un punto tan preciso como la transmisión de Vico.

Ahora bien, haya sido o no Echeverría (entre otros, como insinúan con vigor Chávez, Gandía, Weiss, etc.) un aprendiz de filosofía viquiana con la guía de de Angelis, ¿hay conexión entre ese supuesto magisterio y la circulación de obras del filósofo en cuestión? Si la indagación se orienta al espacio público por excelencia, la biblioteca circulante de Marcos Sastre, hay que decir que las dudas no se disipan. De los tres años de actividad del «Gabinete de Lectura o Biblioteca pública» anexa a la célebre Librería que en su última fase albergó al Salón, contamos con datos parciales del inicio y del fin (enero 1835 y enero 1838). Pero ni el anuncio de apertura -que busca entusiasmar a los curiosos con una nómina tentadora que comprende a Herder- ni el anuncio de clausura y posterior remate de la biblioteca incluyen a Vico (es decir: entre «los libros más selectos» prometidos en el '35 o entre «los principales autores» sacrificados en el '38).⁸³ En cuanto al último -y más circunstanciado- aviso de prensa, debemos consignar que algunos investigadores sugieren que Vico, en efecto, estaba allí: pero subsiste un margen de incertidumbre. En principio, la lista que da Arrieta (tomada de «La Gaceta Mercantil» de mediados de enero de 1838) y la que transcribe Weinberg (copiada del «Diario de la Tarde» del 15 de enero de ese año) están conformes en un punto: Vico no aparece entre los Herder, Tocqueville, Bentham, Locke, etc., que integran la subasta.⁸⁴ Sin embargo, cuando Weinberg realiza una visita imaginaria al Salón y sus adyacencias, encuentra a Vico en las estanterías; como para tal «reconstrucción de ambientes» se inspiró en la «nómina de objetos artísticos» liquidados por Sastre según aviso difundido un mes después,⁸⁵ puede entenderse que -no siendo ni una ni otra nóminas exhaustivas- Vico pudo muy bien figurar entre las obras de consulta de los suscriptores del gabinete. (Pero en ese caso hay que concluir que el filósofo no era tan *admirado*: ni en el '35, porque no se lo convoca para atraer suscriptores, ni en el '38, ya que las dos primeras -y extensas- nóminas lo ignoraban minuciosamente).

Es seguro, en cambio, que *el nombre* de Vico fue enunciado de vida voz: fue en el notorio discurso del anfitrión del Salón. La «Ojeada» en la que Marcos Sastre invoca «las altas concepciones filosóficas de los sabios» y las obras destinadas a conceder «un impulso notable al progreso social» incorpora a ese autor como digno tema de «un curso de lecciones» apropiado a los elevados objetivos del nuevo foro.⁸⁶ Pero ¿llegó a cumplirse ese proyecto? Dado que las reuniones se anunciaban en los periódicos (los mismos que, casi al mismo tiempo, denigraban sus resultados),⁸⁷ parece facilitadora la consulta de sus menciones: y ella no nos confirma la existencia de algún curso sobre Vico o sobre sus ideas. Al menos, si tomamos en cuenta las transcripciones bastante detalladas que ofrecen, respectivamente, Jorge Mayer y Félix Weinberg, en las que figuran los diversos tópicos de las disertaciones y los autores que prometían exponer los conferencistas.⁸⁸ Enumeraciones que denuncian los intereses pasablemente enciclopédicos del Salón -y cuya sucesión caleidoscópica evoca irresistiblemente el escenario casi contemporáneo de *Bouvard et Pécuchet* («el martes 29 discutieron sobre la literatura del siglo XIX, las ciencias naturales y el interior del globo

terráqueo»; días antes habían comentado una obra «sobre merinos y el refinamiento de las lanas», escuchado una traducción de Victor Hugo, analizado el pensamiento de Pestalozzi y meditado sobre «la pintura del retrato»)-⁸⁹ no contienen la más fugaz referencia a Vico o sus temáticas.⁹⁰

Desde luego, la filosofía no estaba ausente de esa tribuna múltiple: se discutía, por ejemplo, «el sensualismo, el idealismo, el escepticismo, el misticismo», pero polarizando su tratamiento en «la doctrina textual de M. Cousin»⁹¹, lo que sin duda estaba en sintonía con el predicamento parisino del filósofo, aunque dejara en la sombra algunos de sus énfasis. ¿O debemos entender que «la doctrina de la perfectibilidad indefinida» debatida el 9 de septiembre -pero *en oposición* al eclecticismo cousiniano-⁹² estaba en la línea de la matriz viquiana que llegó a postular Echeverría (utilizando esa fórmula), esgrimiéndola también para oponer los ideales de su grupo al mercenario «trompeta de la prensa mazorquera»?⁹³

Pero haya sido Echeverría el «individuo del salón» encargado de exponer la doctrina, o bien Alberdi, como sugiere Weinberg⁹⁴ -y los dos son los mejores candidatos al discipulado tras el maestro de Angelis, según las opiniones combinadas de Chávez, Weiss y Gandía-, tampoco en este caso se consigna el nombre de Vico, no obstante la pródiga nómina que contenía habitualmente la publicidad del Salón. ¿Se habrían inhibido los argentinos de mencionar a Vico una vez que su introductor en el Plata dejó de frecuentar las reuniones «no sin hacer indisimulada ostentación de menosprecio»?⁹⁵ ¿Fue él el «Lechuguino» que se divirtió de su esforzado aprendizaje filosófico en un artículo aparecido el mes anterior?⁹⁶ Pero aún antes de su publicación, los recelosos unitarios de Montevideo afirmaban conocer una carta suya en la que habían podido apreciar «la burla que hace [de Angelis] de algunos de los discursos» pronunciados en el Salón.⁹⁷ Si se quiere realmente concederle peso heurístico al «sabemos que el sr. de Angelis trata de hacernos conocer a Vico» de Alberdi, es necesario tomar en cuenta sus condiciones pragmáticas: y no parecen favorables las del escarnio de los destinatarios.

Curiosamente, los historiadores acostumbra asignar a diferentes tipos de narración los «datos» sobre la introducción de Vico por de Angelis y el disenso de éste con los jóvenes del Salón Literario, sus presuntos receptores. Promueven, así, una diferencia de registro que compartimenta los géneros: las vicisitudes del Salón, no más dilatadas que un semestre, forman parte de una crónica más o menos puntual y estrechamente asociada a la coyuntura política del rosismo, mientras que la recepción de las corrientes historicistas y sus nexos con el conjunto de las influencias filosóficas queda encuadrada globalmente como un capítulo de historia de las ideas. Esa disociación permite que la dimensión *évémentielle* de las incompatibilidades entre un cortesano de Rosas y unos jóvenes reformistas deje inalterado lo que se entiende como una deuda de época situada en una escala heterogénea, como los «dominios de la historia» constituidos por especies diferentes que describe Lévi-Strauss.⁹⁸ Pero cuando la deuda está tan particularizada y los marcos de la transmisión pedagógica parecen identificarse con los de la fricción entre sus componentes, se requiere una penetración mayor de los indicios contradictorios.

Por ejemplo, la fecha de aparición del *Fragmento preliminar* -en el que citan los conatos de de Angelis como difusor de Vico- es la misma que la de la carta mencionada -en la que figuran los sarcasmos de de Angelis como observador del Salón. Puesto que el prólogo (donde figura la mención) es de enero -Weinberg sugiere que Alberdi pudo haberlo retocado en febrero o

marzo-⁹⁹ se podría entender que al aparecer el libro en julio esa referencia estaba desactualizada. Pero sólo unas semanas antes, y con la presencia aquiescente de de Angelis, Marcos Sastre lo había comprometido, no sin cierto ademán solemne («por un empeño a que los obliga mi amistad»), a formar parte del grupo de disertantes que iniciarían una serie de «lecturas científicas»¹⁰⁰, uno de cuyos temas sería Vico. Ya hicimos notar que no existe constancia alguna de conferencias sobre este filósofo; de todos modos, de Angelis se había eclipsado muy pronto de las reuniones del Salón. El recuerdo que conservó Alberdi de su comportamiento en esos meses lo muestra timorato, disociado de la suerte de sus jóvenes amigos (los discípulos de la versión dominante) y quizás cómplice de su desventura. «Supe que don Pedro de Angelis me daba como perdido, por causa de esa publicación [el *Fragmento*]»; pero no había sido él quien informara a Alberdi de la supuesta malevolencia de Rosas, sino su antiguo camarada Mariño, correo también de las «palabras calmantes» que le hizo llegar el Restaurador.¹⁰¹ Esos datos fijan una frontera a toda posible comunidad de estudio en torno a Vico, desde el momento en que el desideratum estampado en el *Fragmento* -de Angelis «haría un grande servicio a nuestra patria» si cumpliera su propósito de hacer «conocer a Vico»- no podía ya ejecutarse por el divorcio producido entre maestro y acólitos. Esto, desde luego, siguiendo la hipótesis en cuestión; pero si damos crédito a la opinión de los emigrados, de Angelis en ningún momento tomó en serio su compromiso con el Salón. ¿Era realmente él el encargado de presentar a Vico en ese ámbito? Entre los demás miembros del grupo mencionado por Sastre: «D. Vicente López, D. Juan María Gutiérrez, D. Juan Bautista Alberdi... D. Esteban Echeverría»¹⁰², los dos últimos tenían ya, como vimos en el caso de Echeverría y como se puede comprobar en el de Alberdi consultando el *Fragmento*, un documentado acceso a la filosofía de Vico que, en ambos casos, reconocía su fuente francesa. Si los comentaristas han ignorado siempre a Echeverría y Alberdi como eventuales expositores de ese tema en el Salón, ello se debe, una vez más, a que los distrajo la generosa invitación del último a de Angelis, que en ese momento no pudo encontrar eco y luego fue leída, en virtud de un evidente *non sequitur*, como una constatación de hecho, como la prueba de una enseñanza ya cumplida.

Si julio de 1837 figura el límite de una posibilidad, ¿cuáles fueron sus condiciones anteriores? Desgajada de esta problemática, solitaria como un hito flotante carente de arraigo en el *iter* de angeliano, Weiss y Díaz Molano han registrado la única referencia pública de de Angelis a Vico¹⁰³, una frugal mención que integra la voz «Lenguas» del «Índice geográfico e histórico» que el erudito napolitano anexó a su edición de la *Historia del descubrimiento* de Díaz de Guzmán.¹⁰⁴ Ella, sin embargo, puede decirnos algo sobre la presunta vocación docente de de Angelis en lo que concierne a la transmisión de la filosofía de Vico. En esa línea escrita en 1836, es decir poco antes del Prefacio de Alberdi (5 de enero de 1837) que habla de un «intento» de de Angelis por hacer conocer a Vico -y lo auspicia cálidamente-, el autor hace notar que la obra de Vico *tan original como poco conocida*. Más que el testimonio de que «nuestro personaje tiene el nombre de su filósofo amado muy presente»¹⁰⁵ -lo que además de una trivialidad es una petición de principio-, ¿no es ésta una prueba de la inexistencia de cualquier empresa de difusión en curso y, eventualmente, de la atribuida a quien hace esa comprobación melancólica? Cuando Alberdi habla de la intención divulgativa de de Angelis no sólo se incluye entre sus destinatarios, sino que presenta, con suficiencia, las ventajas de la asimilación de Vico, una obra

que «sea cual fuere [su] valor actual», sigue siendo «todavía» una fuente de penetración fecunda¹⁰⁶: cláusulas todas que connotan una frecuentación independiente y madura; al margen de su real correspondencia con la formación del autor, es ese el modo en que exhibe sus conocimientos, lejos de la avidez del principiante por incorporar una doctrina apenas vislumbrada.

Por consiguiente, Alberdi busca fomentar aquí la propagación de una filosofía de la que, al mismo tiempo, se declara tan compenetrado como el difusor propuesto. Sólo restaría, para validar la tesis de que él mismo la aprendió de de Angelis -como afirma tajantemente Chávez, por ejemplo- demostrar que, en efecto, no tuvo otra vía de «intermediación»¹⁰⁷ que la del napolitano. Pero se trata de una tesis temeraria cuando se toma en consideración la fluidez de la circulación de literatura francesa en el Plata hacia esos años, evocada explícitamente por Vicente Fidel López en su «Autobiografía» y tácitamente presente en los recuerdos del mismo Alberdi, para no hablar de los portadores personales de esa bibliografía: Echeverría en Buenos Aires, Manuel Quiroga Rosas en el interior, etc. El hecho es suficientemente conocido: lo que hay que evaluar son sus efectos. Fue a través del prisma francés como se conocieron en Buenos Aires -y otros lugares del país- las corrientes filosóficas no francesas (que París difundía) y, en particular, Herder y Vico. No existe ningún margen de duda al respecto, pero los sostenedores de la mediación de de Angelis se repliegan, de la tesis de la iniciación a la del reforzamiento, siempre guiados por la reverberante nota de Alberdi.

Weiss, que no omite referencias a la acumulación local de obras francesas (y, entre ellas, la traducción de Michelet), considera sin embargo que la «precisa afirmación del mismo Alberdi» es una prueba de «la obra de divulgación hecha por de Angelis entre los jóvenes de la filosofía de Juan Bautista Vico»; Díaz Molano adiciona, a la mención de Alberdi, la de Sastre; Chávez y Marani se conforman con la última.¹⁰⁸ Todos estos son ademanes probatorios, característicos del alegato, pero la constancia del *topos* y su eficacia intersticial como pasaje, momento de una trama narrativa que no necesita distraer su decurso para descender a la autoridad de las fuentes, se revela en las descansadas alusiones que convierten a de Angelis en el relevo local de un Vico que adquiere, así, una inmediatez más persuasiva.¹⁰⁹ Weinberg recuerda, sin énfasis, que «por Quinet y Michelet se conocieron aquí Herder y Vico, aunque este último fue divulgado *en realidad por de Angelis*»;¹¹⁰ y recientemente, otro historiador de las ideas evocaba la circulación de conceptos provenientes de Francia con estas precisiones: «Herder en la traducción de Quinet, Vico en la de Michelet y por vía de Pedro de Angelis *en el original*».¹¹¹

Hasta ahora hemos reseñado las versiones que dan cuenta del papel desempeñado por de Angelis como transmisor, difusor y aún propagandista de Vico en Buenos Aires; todas ellas coinciden no sólo en la convalidación de una actividad que se supone atestiguada por indicios suficientes, sino particularmente en la función positiva que ella tuvo en la formación cultural de la generación del '37. Existe, sin embargo, otra línea interpretativa que, compartiendo con la anterior el supuesto básico de una *propensión* deangeliana a difundir esa filosofía, niega en cambio que ella tuviera posibilidades de encarnarse en los hechos, por lo que, consecuentemente, cancela la hipótesis de su alcance efectivo. Aunque de menor predicamento que la tesis afirmativa, esta otra, que supone la frustración de un conato presuntamente documentado, tuvo

a comienzos de siglo un autorizado vocero en José Ingenieros y, luego, propagadores como Renato Treves, quien la expuso en la misma publicación que daba cabida a las hipótesis antagónicas de Ignacio Weiss.¹¹²

Ingenieros, a su vez, la había presentado en dos lugares: de manera condensada en un artículo de 1915 y, con mayor respiro -en el marco de un retrato del personaje-, en el segundo libro de su *Evolución de las ideas argentinas* (1920).¹¹³ En uno y en otro texto, la introducción de Vico por de Angelis adquiere la apariencia de la fugacidad y también en ambos casos -lo que es más significativo- Ingenieros utiliza (sin citarla) la misma expresión de Alberdi en su nota del *Fragmento*. Pero lo que para éste había sido simpática expectativa -«el Sr. de Angelis trata de hacernos conocer a Vico»- queda convertido por una mera rotación del tiempo verbal, en la evocación de un fracaso: Pedro de Angelis «intentó dar a conocer» a Vico. Y el augurio de Alberdi («haría un grande servicio a nuestra patria») puede leerse a la luz de los resultados: «no es menos seguro que su esfuerzo fue estéril». No es ocioso insistir en que el juicio histórico de Ingenieros no contiene ninguna referencia al *locus classicus* del *Fragmento*, aunque en parte lo copia y, en parte, entra en diálogo con él. El hecho tiene el valor de un síntoma y revela el grado en que la única fuente argentina manejable para una asociación de Vico con de Angelis se reabsorbe en los pliegues de un saber difuso, allana las condiciones de su penetración y adquiere consistencia del dato, sin huellas de su equivocidad original.¹¹⁴

Con la metáfora convencional de la «siembra», Ingenieros da por sentado qué *intento* tuvo comienzos de realización, aunque agrega de inmediato que la operación se llevó a cabo en un terreno poco apropiado. Durante la dictadura, dice, «ninguna brisa de novedades oreaba el feudo» y lo único que el historiador puede señalar es la «semilla ideológica» (Vico) introducida por de Angelis en un momento fugaz carente de futuro: «sembrada accidentalmente... ninguno la cultivó». Así, argumentando *avant la lettre* contra la tesis del influjo de la enseñanza viquiana de de Angelis en la juventud ilustrada, Ingenieros ratifica convencido: «es seguro que la semilla no fructificó».¹¹⁵ Con todo, la reconstrucción histórica de *La evolución de las ideas argentinas* es, en un punto preciso, más matizada y veraz que la de «El contenido filosófico de la cultura argentina». En este último texto, el autor había acompañado su alusión al «esfuerzo estéril» con un inventario improbable: «en ningún escritor argentino de esa época hemos visto mencionado el nombre del famoso filósofo de la historia»; el Libro II de *La evolución* corrige tácitamente ese juicio al consignar, en dos oportunidades, que «varios autores argentinos mencionan» a Vico, autor -agrega Ingenieros sumándose al futuro coro- a quien «conocieron sin duda alguna por de Angelis».¹¹⁶ Estas versiones disímiles no modifican el núcleo del argumento presentado -tanto en el artículo como en el libro- a modo de cierre de la cuestión: si el estudio de Vico no arraigó en Buenos Aires fue porque quienes «se preocupaban de problemas sociales» ya no estaban allí: la emigración los había apartado del sembrador.

En este divorcio insiste, un cuarto de siglo más tarde, Renato Treves, pero enmarcándolo dentro de un cuadro de incompatibilidades inexistente en la página de Ingenieros, que apuntaba a una rehabilitación póstuma de de Angelis como hombre de cultura y se preocupaba por el necesario deslinde «entre sus méritos intelectuales y su adhesión a la causa federal».¹¹⁷ Treves, por su parte, supone que la conativa prédica de Vico se malogró en virtud de lo que, en

su texto, no puede entenderse sino como una súbita metamorfosis del maestro, de liberal acérrimo en «'lacayo' del tirano Rosas». Hay que decir que Treves cita a Ingenieros y -a diferencia de éste- también a Alberdi; glosa a ambos, pues si el uno había indicado su propósito, el otro dejó establecida la imposibilidad de su cumplimiento. Pero el comentarista agrega un énfasis propio: de Angelis *no podía* haber concretado su intención de difundir a Vico por incompatibilidad ideológica y política con sus destinatarios: infiel a «los ideales de libertad y democracia» y servil a los designios «del tirano Rosas, en efecto, fue odiado y menospreciado por los pocos intelectuales que habrían podido oírlo y entenderlo... los hombres de la 'Joven Argentina'». ¹¹⁸

No obstante, varios elementos de esta explicación resultan dudosos: el año de la nota del *Fragmento* y de las reuniones del Salón Literario era el décimo de la radicación del supuesto propagandista viquiano en Buenos Aires y, para entonces, ya se podía haber escrito otra noticia biográfica sobre *Los antecedentes argentinos de Pedro de Angelis*: difícilmente contendrían la verificación de un apego sostenido a «los ideales de libertad y democracia», algo que ni sus simpatizantes le han acreditado jamás. Siete años antes (y a tres de su llegada al país) ya era perceptible en él una vis acomodaticia que para algunos se desdoblaba en declarado cinismo: «este hombre esparce por todas partes y entre toda clase de gentes que él no hace sino poner lo que le manda poner el gobierno que lo paga» se lee en una carta de la época. ¹¹⁹ Por otra parte, en lo que se refiere a «ideales», los difundidos por «el tirano Rosas» aparecieron cálidamente elogiados en la pluma del mismo Alberdi en escritos posteriores a la extinción del Salón. ¹²⁰ Si bien Alberdi declaró mucho después que había tributado elogios a Rosas para darle la oportunidad de merecerlos, esa justificación deja intacto el hecho de que en 1837 él compartió con Sastre la doble condición de dejar impresas sus simpatías federales y su adhesión a de Angelis (en el *Fragmento* y en la «Ojeada», respectivamente): no había en esa época ninguna repulsión recíproca entre viquismo y rosismo.

¿Cuál es, entonces, el régimen de compatibilidad, disyunción o solapamiento entre la filosofía de Vico, el perfil político de su difusor, los ideales de libertad y democracia, el americanismo rosista y la vocación exacta de los «pocos intelectuales» (al menos, de uno: el redactor de «La Moda») que habrían podido interesarse en la primera? Treves compacta prejudicialmente los datos del problema y, lejos de solucionarlo, lo enriquece de incongruencias. Una, inicial, podría -paradójicamente- eliminar a las restantes: pero ¿es cierto que «al llegar a la Argentina en 1827 llamado y contratado por Rivadavia, de Angelis, como recuerda Alberdi, manifestó el propósito de hacer conocer a Vico en el país»? ¹²¹ ¿Quiénes podrían haber sido sus destinatarios? No justamente «los hombres de la 'Joven Argentina'» (que, en cuanto tales, lo serán un decenio más tarde) mencionados, sin embargo, por Treves. ¹²² Es ocioso elaborar una refutación de lo que no es más que el producto de una desvaída sintaxis: anotemos, de todos modos, que en la cita del *Fragmento* aludida por Treves, Alberdi no recuerda algo que ocurriera en el año '27 y, a decir verdad, tampoco recuerda nada: hace un comentario de actualidad y expresa su deseo. ¹²³

Treves es más convincente en la argumentación general de su texto, cuando asigna a la influencia conjunta de Merminier y Michelet el conocimiento que adquirió Alberdi de la filosofía de Vico; y también cuando atribuye a Echeverría la transmisión del primero de esos

autores a su amigo¹²⁴, algo, por lo demás, corroborado por el propio Alberdi en «Mi vida privada», al detallar los autores que Echeverría le hizo conocer. Vico no figura en ese censo retrospectivo, si bien integra la lista de sus «lecturas favoritas» en otro lugar de la autobiografía.¹²⁵ Treves no menciona esos márgenes de incertidumbre cuando establece lo que, desde el punto de vista de esta revisión, consideramos su tesis más fuerte: la suposición de que el retornado Echeverría de 1830 fue «el primero, o de los primeros, no sólo en conocer, sino en hablar de la obra de Vico en el Plata»¹²⁶ (una afirmación que, si se toma al pie de la letra la alusión al de Angelis de 1827, la contradice).

Ciertamente, si se toman en cuenta los datos comprobados de la afluencia de literatura francesa en Buenos Aires que, en algunos casos, era aportada por estudiosos viajeros (como Echeverría), es menos aventurado atribuir al contacto inmediato con los textos y a la recepción de noticias de frecuentadores del medio filosófico francés de los años treinta la incorporación de un Vico que era patrimonio común de Cousin, Michelet, Lerminier, Jouffroy y otros, que mantener la hipótesis de un camino real abierto por de Angelis, del que no se conserva el menor testimonio: ni siquiera la alberdiana expresión de deseos repetida *ad nauseam* como indicio de obra realizada y hasta prueba de una trayectoria cuyo otro extremo es el no menos invocado agradecimiento de Michelet.

Si dejamos de lado la nota de Alberdi, ¿cuáles son, en definitiva, las pruebas argentinas del mencionado propósito docente o, al menos, las de un ferviente interés en Vico por parte del emigrado de Angelis? Estas: una referencia fugaz a Vico en la voz «Lenguas» del anexo a la *Historia* de Díaz de Guzmán (1836), otra episódica en la *Memoria sobre el Amazonas* (1854) y, sobre todo, la traducción manuscrita al francés (1833) de una sección de la *Scienza nuova* que conserva el Archivo General de la Nación: se ha conjeturado que tal versión estaba destinada a las *Oeuvres choisies* de Vico editadas por Michelet en 1835, pero esta misma edición no lo corrobora. Si, en cambio, nos atenemos a los testimonios directos, es decir a los dejados por los intelectuales que frecuentaron a de Angelis, nada podemos recoger respecto a su afición viquiana. Ni Marcos Sastre en su «Ojeada» (donde no indica el expositor de Vico en el salón), ni Vicente Fidel López en su «Autobiografía» (que de ningún modo asocia al italiano a los efectos del deslumbramiento producido por las nuevas corrientes filosóficas)¹²⁷, ni Alberdi en la suya (donde le interesa consignar la melindrosa reacción de de Angelis a un supuesto veto rosista), ni Gutiérrez en sus recuerdos (que testimonian un amable intercambio bibliográfico con aquél)¹²⁸, ni Echeverría (que más bien zahiere su incompetencia filosófica)¹²⁹ - y todos ellos integraron el Salón-, ni Florencio Varela, que siguió de cerca las actividades del cenáculo (advirtiendo a sus miembros contra de Angelis)¹³⁰, ni el enconado Rivera Indarte en su exhaustivo prontuario¹³¹, ni José Antonio Wilde en sus memorias¹³² (y él había sido su colaborador en el «Archivo Americano»), ni el joven Mansilla, que lo frecuentó cuando era personaje público y luego lo recordó en varios textos¹³³, ninguno de ellos se acuerda de las preferencias viquianas de de Angelis. Sólo queda aquella nota a pie de página como huella equívoca de un empeño que recogerá, magnificándolo, una tradición bifurcada: de Angelis se propuso difundir a Vico pero el empeño fue estéril.

Un apropiado colofón para esta inspección del fantasmal protagonismo de Pedro de Angelis en la difusión del filósofo de la *Scienza nuova* es el siguiente: cuando ya la mayoría de los

miembros conspicuos del Salón se había dispersado, renunciando a cualquier obra de ilustración reformista en Buenos Aires, hacia 1839, Vico adquiere en esta ciudad la definitiva notoriedad que da la prensa periódica, en este caso a través de un conjunto de artículos, no escritos por ninguna pluma local, argentina o napolitana, sino importados de la Península. Así, en las dos oportunidades en que pareciéramos hallarnos cerca de un indicio seguro de difusión deangeliana de Vico, la expectativa se frustra. Una vez en Europa: de Angelis, autor de ciento veinticinco artículos para la *Biographie Universelle*, debería ser, con toda probabilidad, el autor de la voz «Vico» de tal compilación. Pero cuando el artículo aparece, no es de su autoría: lo firma Michelet. Otra vez, en América: doce años después de la radicación de de Angelis en Buenos Aires, las ideas de Vico tienen finalmente circulación pública y comprobada: una considerable serie de diez artículos difundidos en forma continuada por un periódico porteño, el «Diario de la Tarde». Pero una vez más, no es de Angelis su autor, ni éste guarda afinidad con él, ya que se trata de una serie tomada del «Correo nacional» de Madrid, titulada «Filosofía de la historia. Juan Bautista Vico» y escrita por Donoso Cortés.¹³⁴

De este modo, la labor de difusión de Vico que se puede atribuir a de Angelis en los dos Mundos, además del préstamo bibliográfico y algún asesoramiento a Michelet, se reduce a la voz «Vico» para la *Biographie universelle et portative*, que no escribió -aunque se comprometiera a hacerlo-; a los «artículos inéditos» mencionados por el traductor francés de la *Scienza nuova*, que jamás se encontraron y nadie parece haber visto (tampoco Michelet lo afirma); a la traducción al francés de un capítulo de aquel libro, cuyo manuscrito reposa entre sus «Papeles» sin que se pueda adivinar su destino; a un conjeturado curso sobre Vico en el Salón literario, que nadie parece haber escuchado o registrado -salvo historiadores imaginativos-; en fin, a la repercusión, en los biógrafos, de un «intento» de difusión cuya real efectividad ningún documento atestigua. No es mucho para la historia de las ideas, es poco para la de la recepción de los textos, es suficiente para la construcción de una leyenda.

IV. Ricorsi

El verdadero papel de de Angelis en la difusión decimonónica de Vico es una incógnita, no un dato. Pero esto no impide que aquello que la documentación no autoriza quede, en cambio, disponible para su recuperación ficcional. En cuanto a la posibilidad de que esta última revierta sobre aquélla, planteándole problemas indecibles (y atareando a los eruditos en la pesquisa del hecho soterrado que dio curso a la versión), resulta ilustrativo, en el cierre de esta indagación, mencionar una experiencia personal. Hace unos diez años, el autor de esta nota recibió una acuciosa demanda de información sobre la fortuna rioplatense de Vico. El investigador italiano que la dirigía -desde una universidad alemana- había publicado, hacia la época, un valioso trabajo sobre los orígenes de la frecuentación de Vico en Alemania¹³⁵ según el cual la traducción al alemán de la *Scienza nuova* por Wilhelm Ernst Weber (1822)¹³⁶ había hecho menos por el conocimiento de Vico en el área lingüística germánica que la posterior activación francesa del pensamiento viquiano debida a Victor Cousin y Jules Michelet, cuya irradiación fue continental y perdurable. En tal contexto, el prólogo de Michelet y las exhumaciones de Croce y Donati¹³⁷ habían atraído la curiosidad del estudioso hacia ese

llamativo personaje de dos mundos, el *chevalier de Angelis*, cuya cercanía al foco europeo de la difusión viquiana auguraba, quizás, en el propio de Angelis, un paralelo empeño americano. El azar, finalmente, había hecho su aporte a esa reorientación del interés del investigador ya que -sin conexión alguna con su propia búsqueda- un amigo argentino acababa de instruirlo sobre la existencia de un indicio prometedor. Y era este último el que movilizaba su demanda: dado que (esta era la *versión* transmitida) Pedro de Angelis había tenido oportunidad de dictar en Argentina, a mediados del siglo pasado, «un ciclo di lezioni» que trataban de Vico y Hegel, ¿sería posible obtener alguna información adicional sobre esas clases (y rastrear el volumen en que figurasen)?

No es difícil imaginar aquí la reproducción de un nuevo ciclo de espejismos de archivo tras la conversión del rumor de indicio y de la presunción de expectativa; tampoco es difícil anticipar la deriva de un pseudoproblema historiográfico y la fatiga inútil a que se vería abocada la serie de compulsas y rastreos hasta su destinación final: la evidencia de una pista falsa. Pero en 1981 la neutralización de esa secuencia tortuosa era sencilla y aún amena, ya que sólo debía invocar la diversidad de los géneros y la variable funcionalidad de lo verosímil. Pues si en el pasado la fugaz alusión de Alberdi (en un escrito pleno de *esprit de sérieux*) pudo expandirse hasta adquirir la productividad hermenéutica suficiente como para fijar la memoria de un hecho incierto, ¿qué no podría ahora la regulada efusión de un texto que aprovechaba los recursos del apócrifo borgeano para intercalar, en la historia conocida, el dato ficticio y, en el tejido de las evidencias, la trama conjetural? De allí que la respuesta al estudioso de la fortuna de Vico no podía ser sino afirmativa: en efecto, de Angelis había dictado en Buenos Aires «cursos privados sobre Vico y Hegel», y ese hecho tenía la exacta consistencia histórica que le otorgaba el verosímil generativo del que dependía: en este caso, el de la novela que, en 1980,¹³⁸ había incrementado el *census mirabilis* del napolitano con una nueva ejecutoria.

NOTAS

1. «M. de Angelis... m'apprend qu'il va a Buenos ayres ou vous le destinez a etre le principal redacteur d'un Journal politique et littéraire. Je le trouve bien heureux d'être auprès de vous; mais je vous felicite aussi d'avoir acquis un homme de ce merite pour cette importante fonction... Paris 12 7.^{bre} 1826 [firmado] Tracy». De acuerdo a la transcripción (con sus particularidades ortográficas) que da Ricardo Piccirilli en *Rivadavia y su tiempo*, tomo segundo, Peuser, Buenos Aires, 1943, Apéndice documental, p. 582. En el cuerpo del libro, el autor ofrece una traducción de la carta, pero su fecha, en este caso, aparece como 12 de agosto de 1826 (cf. p. 414); el documento integra la Colección Carlos Casavalle.

2. «Yo, ladrón, bandido, miserable, mazorquero...». El párrafo integra (con fecha 21 de diciembre de 1853) una de las «Cartas de Pedro de Angelis a Florentino Castellanos» difundidas por Juan E. Pivel Devoto en el «Anuario de la Sociedad de Historia Argentina 1940», Domingo Viau y Cía., 1941, p. 373. Citada por Alma Novella Marani en su biografía «Pietro de Angelis». Cfr. *Cinco amigos de Rivadavia*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, La Plata, 1987, p. 166.

3. «Il existe à Buenos-Aires un homme doué d'une rare instruction, qui a au plus haut degré le noble amour des livres... Mais cet homme est seul dans sa passion scientifique, comme ces arbres des régions extrêmes du nord qui, par un accident inexplicable, s'élèvent seuls au milieu d'une terre aride». Cfr. Xavier

Marmier, *Lettres sur l'Amérique* (1851), cap. XV, nota, cit. en Rafael Alberto Arrieta, *La ciudad y los libros. Excursión bibliográfica al pasado porteño*, Librería del Colegio, Buenos Aires, 1955, pp. 93-94.

4. «Las órdenes de V.E. están cumplidas. Todas las correcciones que V.E. se ha servido hacer en este artículo las hallará V.E. ejecutadas...» (nota de de Angelis a Rosas a propósito de la composición de un número del «Archivo Americano»). Cfr. José María Ramos Mejías, *Rosas y su tiempo*, 2a. ed. aumentada, t. II, Félix Lajouane y Ca., editores, Bs. As., 1907, p. 251. De este intercambio, más profusamente citado por Ignacio Weiss, cree el compilador «poder deducir que para la redacción del *Archivo* había una verdadera colaboración entre de Angelis y Rosas». Cfr. Ignacio Weiss, «Juan Manuel Rosas - Pedro de Angelis y el *Archivo Americano*», en *Archivo Americano y Espíritu de la prensa del mundo*. Primera reimpression del texto español conforme a la edición original 1843-1851. Estudio preliminar por Ignacio Weiss. Editorial Americana, Bs. As., 1946, t. I, p. XLVI.

5. Lo perdonaron en ese aspecto, aunque no en el otro. Dice un personaje: «Don Pedro de Angelis... este autor no puede parecerse a mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos». Cfr. José Mármol, *Amalia. Novela histórica americana*, Sopena, Bs. As., 8a. ed., 1964, p. 169. Mármol prolonga aquí el desdén de Echeverría por la obra erudita del autor de la *Colección*.

6. Cfr. R.A. Arrieta, *La ciudad y los libros*, cit., pp. 75-76.

7. Elías Díaz Molano, *Vida y obra de Pedro de Angelis*, Colmegna, Santa Fe, 1968, pp. 134 y ss.

8. Cuatro distintas menciones al «desdichado país» figuran en la biografía de Díaz Molano, *op. cit.*, pp. 95, 144, 147, 163; para la Argentina como «ce dernier coin du monde», cfr. Alma N. Marani, *op. cit.*, p. 123.

9. José Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*, Jackson, Bs. As., s.f., t. I, cap. XII: Clara Bistoni, «La vita e le opere di un grande Italiano ignoto, Pietro De Angelis», en *L'Italia del Popolo* (Bs. As.), 23, 27 y 28-12-1917; 1 y 3-1-1918.

10. Cfr. Paul Groussac, «Noticia del P. José de Guevara y estudio crítico de la Historia del Paraguay», en *Anales de la Biblioteca*, Bs. As., T. V, 1908, pp. XXXII-XXXIV; Teodoro Becú, «La colección de documentos de Pedro de Angelis», en T. Becú y José Torre Revello, *La colección de documentos de Pedro de Angelis y el Diario de Diego de Alvear*. Con ilustraciones y apéndice documental, Peuser, Bs. As., 1941, espec. pp. 28-32.

11. «En 1820 [de Angelis] desempeña la embajada en San Petersburgo donde contrae enlace con la dama francesa Melanie Dayet, y al ser derrocado el rey Joaquín por el motín de los Carbonarios, abandona su cargo diplomático instalándose en París». Cfr. Enrique Arana (h.), «Pedro de Angelis (1784-1859): su labor literaria, histórica y periodística», en *Boletín de la Biblioteca*, Facultad de Derecho, U.N.B.A., año I, n. 5, junio 1933, p. 333.

12. Documentos n. 16 y n. 18 del «Apéndice de documentos», en Ignacio Weiss, *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis. Contribución a su biografía*, Librería y Editorial «El Ateneo», Bs. As., 1944.

13. «Aquel huésped [de Buenos Aires], en efecto, había vivido en la corte de Nápoles, como ayo de los hijos del rey... Después de aquel magisterio palaciego, representó al cuñado de Napoleón ante la corte de San Petersburgo, en una vaga misión diplomática, bajo el reinado de Catalina II, la gran emperatriz. Entonces fue cuando se produjo en Italia la revolución de los carbonarios, interrumpiéndose, con la caída de sus protectores en Nápoles, la carrera oficial que para de Angelis empezaba. Todo esto era verdad...». Cfr. Ricardo Rojas, *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Los proscritos* (de *Obras de Ricardo Rojas*, tomo XIII), Librería «La Facultad», Bs. As., 2a. ed., 1925, p. 817.

14. Alfredo de la Guardia, *Ricardo Rojas 1882-1957*, Schapire, Bs. As., 1967, p. 125.

15. La expresión *paradigma indiciario* del título de nuestro trabajo alude, precisamente, a esos elementos indiciales en cuanto organizados como una articulación normativa que orienta el desciframiento de rastros y morigera la incertidumbre de su sentido. Para ello nos servimos libremente de la fórmula acuñada por Carlo Guinzburg en su artículo «Spie. Radici di un paradigma indiziario», incluido en Aldo Gragani (Comp.), *Crisi della ragione*, Einaudi, Turín, 1979.

16. «Plusieurs personnes nous ont prodigué leurs secours et leurs conseils. Nous regrettons qu'il ne nous soit pas permis de les nommer toutes. M. le chevalier de Angelis, auteur de travaux inédits sur Vico, a bien voulu nous communiquer la plupart des ouvrages italiens que nous avons extraits ou cités; exemple trop rare de cette libéralité d'esprit qui met tout en commun entre ceux qui s'occupent des mêmes matières. On ne peut reconnaître une bonté si désintéressée, mais rien n'efface le souvenir». Cfr. «Préface de la première édition» a los *Principes de la philosophie de l'histoire (traduits de la Scienza nuova)*, en la reedición incluida en *Oeuvres choisies de Vico* [1835], volumen que integra las *Oeuvres complètes de J. Michelet*. Ernest Flammarion, éditeur, París, s.f., pp. 284-285.

17. «Sabemos que el Sr. de Angelis trata de hacernos conocer a Vico. Haría un grande servicio a nuestra patria». Cfr. Juan Bautista Alberdi, «Prefacio» al *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, en *Obras escogidas*, Ed. Luz del Día, Bs. As., tomo XI, 1957, p. 320.

18. Cfr. E. Díaz Molano, *op. cit.*, p. 186.

19. «Su historia [la de Michelet] fue una perpetua iluminación. Descubrió a Vico por intermedio de Pietro de Angelis, napolitano como el autor de la *Scienza nuova*. Cfr. R. Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Sudamericana, Bs. As., 1984, pp. 207-208.

20. La «aguda penetración» de de Angelis en «la obra de Giambattista Vico, ni sencilla en sus formulaciones ni demasiado difundida, entusiasmó al joven Jules Michelet, que se dedicó a traducir las partes principales de la *Scienza nuova*». Cfr. Alma N. Marani, *op. cit.*, p. 105.

21. Ignacio Weiss, *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis*, cit.

22. Ignacio Weiss, «Pedro de Angelis y la difusión de la obra de Juan Bautista Vico», en *Vico y Herder. Ensayos conmemorativos del segundo centenario de la muerte de Vico y del nacimiento de Herder*, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A., 1948, p. 366.

23. *Ibid.*, pp. 364 y 367.

24. Alma N. Marani, *op. cit.*; E. Díaz Molano, *op. cit.*; Enrique de Gandía, «Las ideas políticas de Pedro de Angelis», en Pedro de Angelis, *Acusación y defensa de Rosas*. Compilación e introducción bibliográfica por Rodolfo Trostiné, Ed. «La Facultad», Bs. As., 1945, pp. 93-170; cfr. pp. 99-100.

25. Benedetto Croce, *La filosofía de Giambattista Vico* [1a. ed. 1911], Laterza, Bari, 1980, Appendice II: «La fortuna del Vico».

26. Esa discusión sería infundada, si tomamos en cuenta las razonables dudas sobre el conocimiento de Vico por Montesquieu. Cfr. Angel Castellan, «Cuando una afirmación se convierte en interrogante: ¿Vico en Alberdi? Un ensayo de metodología del pensamiento», en Fernando J. Devoto y Gianfausto Rosoli (Comps.), *L'Italia nella società argentina. Contributi sull'emigrazione italiana in Argentina*, Centro Studi Emigrazione, Roma, 1988, pp. 23-25. El artículo de Castellan, del que tomé conocimiento luego de concluido mi trabajo, también se muestra crítico respecto a las aseveraciones del papel determinante de de Angelis en la asimilación de Vico por Michelet (p. 33) y por Alberdi (pp. 37, 41). En lo que se refiere a la circulación de las ideas de Vico en la Francia del siglo XVIII, también se ha conjeturado que el joven Turgot pudo haber tenido acceso a ellas: cfr. Robert Nisbet, «Vico y la idea de progreso», en Giorgio Tagliacozzo, Michael Mooney, Donald Phillip Verene (Comps.), *Vico y el pensamiento contemporáneo*, FCE, México, 1987 [orig.: 1976], p. 224. Lo que no ofrece dudas es que, al menos entre 1732 y 1762, «la Ciencia nueva estuvo al alcance de las *gens de lettres* de París». En efecto, se ha podido establecer que un ejemplar de la segunda edición de la obra (1730) integraba la biblioteca circulante del bibliófilo parisino Camille Falconet, cuya casa era, además, «un centro de reunión de intelectuales librepensadores

y anticuarios». Cfr. Gustavo Costa, «La influencia de Vico en la cultura europea del siglo XVIII: una nota de pie de página a la ponencia del profesor Nisbet», en G. Tagliacozzo et al. (Comps.), *Vico y el pensamiento contemporáneo*, cit., p. 233.

27. B. Croce, *La filosofía de Giambattista Vico*, cit., p. 287.

28. *Ibid.*, pp. 287-288; Paolo Becchi, «Origini della *Wirkungsgeschichte* di Vico in Germania», en *Materiali per una storia della cultura giuridica*, Il Mulino, Bolonia, año XI, n. 2, diciembre 1981, pp. 301-302.

29. I. Weiss, «Pedro de Angelis y la difusión...», cit., p. 363.

30. Hacia 1869, en un esbozo de autobiografía intelectual, Michelet evoca sus impulsos juveniles como los de un viquiano *avant la lettre*. Si Vico, en *De mente heroica*, había discurrido sobre «cette disposition courageuse où le jeune homme doit être d'embrasser toutes les sciences et tous les temps», entonces «ce que Vico recommande, je l'avais d'instinct en moi; ignorant, comme tous ceux que l'on élève au collège à apprendre en dix ans deux mots de latin, je n'en avais pas moins une tendance encyclopédique, une curiosité universelle». Cfr. Jules Michelet, «L'héroïsme de l'esprit», en *l'Arc*, Aix-en-Provence, n. 52, 1973, p. 5. El texto proviene de un manuscrito preparatorio del prefacio a la *Histoire de France* (1869) y fue titulado por el autor «Matériaux de la préface ajournés: ma vie, mon enseignement, mes livres». A su vez, el título de este fragmento fue escogido por su editor, Paul Viallaneix, en función de la traducción micheletiana de la fórmula de Vico (*De mente heroica*).

31. Cfr. B. Croce, *op. cit.*, p. 153; ver también p. 225.

32. Adolfo Omodeo, «La cultura francese nell'età della Restaurazione», en *Studi sull'età della Restaurazione*, Einaudi, Turín, 1974, pp. 286, 298.

33. Pero no hay que olvidar que, hacia 1840, el propio Thierry veía con recelo el viquianismo de los historiadores franceses contemporáneos. Para él, la Revolución de Julio había sido «fatal para el recogimiento de los estudios y la perfección del sentido literario»; la historia había sido «arrojada fuera de sus propias vías [y] pasado del dominio del análisis y de la observación exacta al de las audacias sintéticas». Desestimando tácitamente la incorporación cousiniana del historicismo italiano y alemán, afirma: «En una ciencia que tiene por objeto los hechos reales y los testimonios positivos, se ha visto introducir y dominar métodos tomados de la metafísica, la de Vico, por la cual todas las historias nacionales están cerradas a imagen de una sola, la historia romana, y ese método venido de Alemania que ve en cada hecho el signo de una idea, y en el curso de los acontecimientos humanos una perpetua psicomaquia». Cfr. Agustín Thierry, *Consideraciones sobre la historia de Francia*, Nova, Bs. As., 1944, p. 156.

34. B. Croce, *op. cit.*, p. 288.

35. Cfr. Miguel Angel Virasoro, «Estudio preliminar sobre Théodore S. Jouffroy», en Th. Jouffroy, *Sobre la organización de las ciencias filosóficas*, Losada, Bs. As., 1952, p. 156.

36. I. Weiss, «Pedro de Angelis y la difusión...», cit., pp. 361-362. La carta mencionada (de 1840) y recogida por croce en su reseña figura en la recopilación de este autor *Unafamiglia di patrioti ed altri saggi storici e critici*, Laterza, Bari, 1919. Alma N. Marani también evoca esas amistades prestigiosas de de Angelis («Villemain, Guizot, Cousin, Tracy») y les atribuye, sin citar en este punto fuente alguna, el haber declarado «a menudo su admiración por la mentalidad despejada del italiano, por la amplitud y seguridad de sus conocimientos» (*op. cit.*, p. 105).

37. Cfr. George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX* [orig.: 1913], FCE, México, reimpr. 1977, p. 183.

38. Jules Michelet, *Oeuvres choisies*. Disposées d'après l'ordre chronologique, avec une biographie... par Henri Gaillard. Librairie A. Haitier, París, 1934, p. 35.

39. T. de Wyzewa, «Victor Cousin», en *Pages choisies des Grands Ecrivains*. Victor Cousin, Armand Colin et Cie., Editeurs, París, 1898, p. IX.

40. Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Martínez Roca, Barcelona, 1974, p. 202.
41. Paolo Becchi, *Vico e Filangieri in Germania*, Jovene Editore, Nápoles, 1986, pp. 58-59 y 62.
42. Victor Cousin, *Cours de l'histoire de la philosophie. Introduction à l'histoire de la philosophie*, nouvelle édition, Didier, París, 1841, pp. 353-354; cit. en P. Becchi, *Vico e Filangieri in Germania*, cit., pp. 59-60; también en la biografía de H. Gaillard: cfr. J. Michelet, *Oeuvres choisies*, cit., p. 35.
43. J. Michelet, «L'héroïsme de l'esprit», cit., p. 17.
44. Carta de Michelet a Cousin del 14 de junio de 1824 conservada en la *Bibliothèque historique de París* y cit. por P. Becchi, *op. cit.*, p. 59.
45. Cfr. Pail Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, FCE, México, 1984 [orig.: 1977], p. 468.
46. Para Weiss, Michelet era uno de los más destacados entre los «jóvenes intelectuales franceses que en aquella época tenían los ojos y la mente bien abiertos ...para recibir y aceptar pensamientos y concepciones nuevas». Cfr. «Pedro de Angelis y la difusión de la obra de Juan Bautista Vico», cit., p. 363.
47. Cfr. A. Marani, *op. cit.*, p. 109. El párrafo transcrito por la autora corresponde a una carta del 8 de octubre de 1826, cuyo texto figura en Benvenuto Donati, *Nuovi studi sulla filosofia civile di G.B. Vico*, Le Monnier, Florencia, 1936.
48. Cfr. P. Becchi, *op. cit.*, p. 58.
49. Es decir, el prefacio a la traducción de la *Scienza nuova*, donde agradece el aporte bibliográfico de de Angelis; el artículo «Vico» para la *Biographie universelle*, donde cita en su apoyo las opiniones de dos inmejorables conocedores de Vico (de Angelis y Iannelli) y el apéndice a la vida de Vico -en su edición de las *Oeuvres choisies*-, que reitera esta apelación de autoridad. Los dos primeros textos son de 1827; el último, de 1835.
50. I. Weiss, *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis*, cit., pp. 51-52.
51. I. Weiss, «Pedro de Angelis y la difusión...», cit., pp. 362-363.
52. I. Weiss, *Los antecedentes...*, cit., pp. 50-54; Id., «Pedro de Angelis y la difusión...», cit., p. 362; A. Marani, *op. cit.*, pp. 104-105; Esteban Echeverría, «Cartas a don Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*» ('Carta Primera'), en *Obras completas de Esteban Echeverría*. Compilación y Biografía por Juan María Gutiérrez, Ediciones Antonio Zamora, Bs. As., 2a. ed., 1972, pp. 171-172; E. de Gandía, *op. cit.*, p. 99.
53. P. Becchi, *op. cit.*, p. 57.
54. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., p. 365.
55. Cfr. E. Díaz Molano, *op. cit.*, p. 186. En otros tres lugares de su biografía, Díaz Molano es inequívoco en cuanto a la existencia, hacia esa época, de publicaciones de de Angelis sobre Vico. «De Angelis le facilitó [a Michelet] no sólo las obras de Vico, sino incluso varios artículos que él había publicado sobre el filósofo napolitano» (p. 43); «Pedro de Angelis y Vicente Iannelli tomaron a su cargo, entre otros, la responsabilidad de examinar la [filosofía de Vico], haciendo una serie de publicaciones de divulgación» (p. 186). El crédito que merecen esas dos alegaciones puede medirse con la verosimilitud de la última: «según Michelet, de Angelis era ya, en 1827, autor de varios trabajos, algunos inéditos, sobre Vico» (p. 186); Michelet no habla de los «travaux inédits» de de Angelis como parte de un total mayor.
56. Cfr. J. Michelet, «Préface de la première édition» a los *Principes...*, cit., pp. 284-285.
57. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., p. 365.
58. Refiriéndose a la tradición que pretendía que Vico «avait obscurci son livre à dessein pour le faire passer à la censure», Michelet añade: «les personnes qui ont le plus étudié Vico, MM. de Angelis et Iannelli, n'y ajoutent aucune foi». Cfr. «Appendice de la vie de Vico» en la colección de las *Oeuvres choisies*, cit., p. 134, nota. Por lo demás, en este mismo texto Michelet demuestra que, cuando contaba con datos precisos sobre las autoridades que invocaba, no vacilaba en transmitirlos: es el caso del erudito asociado

a de Angelis en la generalización de quienes «más han estudiado a Vico». Así, escribe: «Un philosophe de nos jours me semble mieux mériter le titre de disciple légitime de Vico. C'est M. Cataldo Iannelli, employé à la bibliothèque royale de Naples, qui a publié, en 1837, un ouvrage intitulé: *Essai sur la nature et la nécessité de la science des choses et histoires humaines*. Nous n'entreprendrons pas de juger ce livre remarquable». *Op. cit.*, p. 142.

59. B. Croce, *La filosofía di Giambattista Vico*, cit., p. 253.

60. «Un altro esule, il De Angelis, metteva la *Scienza nuova* tra le mani di Giulio Michelet». Cfr. B. Croce, *op. cit.*, p. 288.

61. Ver nota 47.

62. Renato Treves, «Vico y Alberdi. Notas para la historia de la filosofía jurídica en la Argentina», en *Vico y Herder*, vol. cit., en nota 22; cfr. p. 343.

63. Cfr. P. Becchi, *op. cit.*, p. 58.

64. Cfr. A. Marani, *op. cit.*, p. 109.

65. P. Becchi, *op. cit.*, p. 59; P. Bénichou, *op. cit.*, p. 471; J. Michelet, *Oeuvres choisies*, ed. H. Gaillard, cit., p. 35.

66. «Il [le traducteur] a été principalement soutenu dans son travail par M. Poret, professeur au collège de Ainte-Barbe. Si cette première traduction française de la *Scienza nuova* résolvait d'une manière satisfaisante les nombreuses difficultés que présente l'original, elle le devrait en grande partie au zèle infatigable de son amitié». Cfr. el mencionado «Préface...» a los *Principes...*, cit., p. 285.

67. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., pp. 366-367.

68. Renato Treves, «Vico y Alberdi...», cit., p. 342. Sería útil preguntar dónde o a quiénes «manifestó» de Angelis ese «propósito». Las biografías de Díaz Molano y Alma Marani, que presentan un cuadro bastante documentado de la llegada y radicación de de Angelis en Buenos Aires, hablan de ansiedades y «propósitos» muy distintos por parte del exiliado.

69. Fermín Chávez, «Los eclécticos en el Salón de Marcos Sastre», en *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, Centro editor de America Latina, Bs. As., 1982, p. 55.

70. Cfr. Alma Marani, *op. cit.*, p. 144.

71. Marcos Sastre, «Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina», en Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sartre - J. B. Alberdi - J. M. Gutiérrez - E. Echeverría*. Hachette, Bs. As., 2a. ed., 1977, pp. 120-121.

72. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», p. 384.

73. E. de Gandía, «las ideas políticas de Pedro de Angelis», cit., pp. 99-100.

74. He aquí como recuerda el episodio el mismo Cousin: «Au début de l'année 1821 il nous fut interdit de remonter dans notre chaire. Un an à peine écoulé, M. Guizot descendait de la sienne; un peu après, l'Ecole normale était supprimée; et, déchus de nos humbles emplois, nous entâmes dans cette longue proscription, semée de tant d'aventures, et terminée seulement aux glorieuses élections de 1827 qui... amenèrent le ministère réparateur de M. de Martignac... et nous replacèrent, M. Guizot et moi, dans nos chaires de la Faculté des lettres». Cfr. Victor Cousin, «Avant-propos de la troisième édition», *Philosophie de Kant*, Librairie Nouvelle, París, 1857, p. XI. Durante esa «larga proscripción», Cousin estrechó lazos de amistad con Hegel; en sus repetidos coloquios con éste «con toda probabilidad Cousin le reveló a Hegel su descubrimiento de Vico» (P. Becchi, *op. cit.*, p. 66). Lo cierto es que, apenas recuperada su cátedra en París, proclamó desde ella la importancia del filósofo napolitano (cfr. su *Cours* cit. en nota 42), permitiendo que, «por vez primera en la historia del pensamiento europeo, apareciese en toda su grandeza la obra viquiana» (P. Becchi, *op. cit.*, p. 60).

75. Juan María Gutiérrez, «La vida y la obra de Esteban Echeverría», en *Obras completas de Esteban Echeverría*, cit., p. 15; Oreste Popescu, *El pensamiento social y económico de Esteban Echeverría*, Americana, Bs. As., 1954, pp. 23, 65, 110.

76. Esteba Echeverría, «Revolución de febrero en Francia» y «Cartas a don Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*», en *Obras completas*, cit., pp. 299 y 201, respectivamente.

77. E. Echeverría, «Cartas a don Pedro de Angelis...», cit., en *op. cit.*, p. 178.

78. *Ibid.*, p. 176.

79. «He creído de mi deber volver por el honor del cuerpo [la Asociación de Mayo] y de la patria, hiriendo de muerte a su difamador mercenario. Y como para enemigos de esa clase toda arma es buena, me ha parecido bien hacer con el Archivero (salvo lo absurdo del cotejo) lo que Mirabeau con sus antagonista: aniquilarlos bajo el peso de la injuria, del sarcasmo y del racionismo». Carta de Echeverría a Juan María Gutiérrez: Motevideo, junio 24 de 1847. Cfr. Esteban Echeverría, *Dogma socialista. Edición crítica y documentada*. Prólogo de Alberto Palcos. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, p. 428.

80. Carta de Pedro de Angelis (hacia 1838) citada por R. A. Arrieta (*op. cit.*, p. 76). Dirigida a Juan María Gutiérrez, figura transcripta parcialmente en la obra de Ricardo Piccirilli *Carlos Casavalle, impresor y bibliófilo* (Bs. As., 1942), de donde la toma Arrieta.

81. Juan María Gutiérrez, «La vida y la obra de Esteban Echeverría», cit., p. 23.

82. «Un joven argentino» era la mención de autor puesta por *La Gaceta Mercantil* para los poemas «El regreso» y «En celebridad de Mayo», ahora en *Obras completas de Esteban Echeverría*, cit., pp. 736-737 y 740-741. Gutiérrez resume la crítica de de Angelis al primer poema, aparecida en el diario *El Lucero* (por él redactado) el 15 de julio de 1830. Cfr. J.M. Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 23-24.

83. Félix Weinberg, «El Salón Literario de 1837», en la compilación del mismo nombre realizada por Weinberg (cfr. nota 71), pp. 40-41, 108-109.

84. R. A. Arrieta, *op. cit.*, pp. 74-75; F. Weinberg, *op. cit.*, pp. 108-109.

85. Publicado en el *Diario de la Tarde*, núm. 1987, 14 de febrero de 1838: cit. en F. Weinberg, *op. cit.*, pp. 46-48.

86. Marcos Sastre, «Ojeada filosófica...», cit., p. 120.

87. «Destiérrese la pedantería y la presunción de saber todo lo que se ignora» reconvenía un artículo publicado por el *Diario de la tarde* (2 de agosto de 1837) con la firma de «Un Lechuguino», en uno de sus párrafos menos pesadamente sarcásticos. Cfr. E. Echeverría, *Dogma socialista...*, cit., pp. 299-301.

88. Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires / Abeledo-Perrot, Bs. As., 1973, tomo I, pp. 189-191; F. Weinberg, *op. cit.*, pp. 81-83.

89. J. M. Mayer, *op. cit.*, p. 190.

90. Ciertamente, desde fines de septiembre ya no se pueden seguir las actividades del Salón a partir de su publicidad en la prensa. Pero como ese eclipse es, según F. Weinberg (*op. cit.*, p. 97), «el primer síntoma de la ojeriza oficial», esto descarta al mismo tiempo la posible participación de de Angelis.

91. J. M. Mayer, *op. cit.*, pp. 190-191.

92. *El Diario* de esa fecha enuncia la tesis de la disertación (cfr. J. M. Mayer, *op. cit.*, p. 190): «El espíritu de la Filosofía y la sociabilidad del siglo XIX no es el eclecticismo enseñado por Cousin, es al contrario la doctrina de la perfectibilidad indefinida. Esta proposición será demostrada por un individuo del salón».

93. E. Echeverría, «Cartas a Don Pedro de Angelis...» y «Revolución de febrero en Francia», en *Obras completas*, cit., pp. 200-201 y 299.

94. F. Weinberg, *op. cit.*, p. 82.

95. *Id.*, p. 87.

96. Cfr. nota 87. Weinberg sugiere esa paternidad en *op. cit.*, p. 62.

97. Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez, en Apéndice a F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, cit., p. 187.

98. Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, FCE, México, 1964 [orig.: 1962], pp. 376-377.
99. F. Weinberg, «El Salón Literario de 1837», cit., p. 29.
100. M. Sastre, «Ojeada filosófica...», cit., pp. 120-121.
101. Juan Bautista Alberdi, «Mi vida privada, que se pasa toda en la república Argentina», en *Obras escogidas*, Ed. Luz del Día, Bs. As., 1954, tomo VII, p. 382.
102. M. Sastre, «Ojeada filosófica...», cit., p. 121.
103. Única para todo el período que estamos coconsiderando. La otra mención de Vico que puede considerarse la hace de Angelis en 1854 (en un impreso editado en Montevideo), al referirse al derecho natural en el contexto de un trabajo sobre la navegación del Amazonas. Cfr. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., p. 380; Díaz Molano, *op. cit.*, p. 187.
104. «En la obra tan original como poco conocida de J.B. Vico, se apunta la idea de que las primeras impresiones que produjo en el hombre salvaje la vista de los objetos exteriores debieron arrancarle gritos de admiración, de placer o de espanto...». Voz 'Lenguas' del «Índice geográfico e histórico» [anexo a] «Historia argentina del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata, escrita por Rui Díaz de Guzmán en el año 1612». En *Colección de obra y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, por Pedro de Angelis. Tomo primero, Plus Ultra, Bs. As., 1969, p. 411.
105. Díaz Molano, *op. cit.*, p. 187.
106. Juan B. Alberdi, «Prefacio» al *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, ed. cit., p. 320.
107. F. Chávez, *op. cit.*, p. 49.
108. I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., p. 382; Díaz Molano, *op. cit.*, p. 188; F. Chávez, *op. cit.*, p. 55; A. Marani, *op. cit.*, p. 144.
109. La intermediación también figura como *argumento* en algunos alegatos: «con toda seguridad, aquellos jóvenes que leían a Michelet, habrán notado el elogio que Michelet hacía a de Angelis, a quien ellos ahora podían tener, diríamos, entre sus manos» (I. Weiss, «Pedro de Angelis...», cit., p. 381).
110. F. Weinberg, «El Salón Literario de 1837», cit., p. 53 (subrayado mío).
111. Jorge E. Myers, «'Revoluciones inacabadas': hacia una noción de 'revolución' en el imaginario histórico de la nueva generación argentina: Alberdi y Echeverría, 1837-1850", en *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina. Jornadas nacionales*, Comité Argentino para el Bicentenario de la revolución Francesa / Grupo editor Latinoamericano, Bs. As., 1990, p. 262 (subrayado mío).
112. Ver nota 62.
113. José Ingenieros, «El contenido filosófico de la cultura argentina» (sección correspondiente a 'La restauración conservadora y el romanticismo social'), en *Revista de Filosofía*, año I, n. 1, Bs. As., enero de 1915, p. 125; J. Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Elmer Editor, Bs. As., 1957 [ed. orig.: 1920], tomo 5 (vol. 13 de las *Obras completas*), pp. 19-20.
114. A partir de allí y en círculos cada vez más abarcadores, la imaginación histórica anexará figuras de acólitos -Echeverría (de Gandía), Gutiérrez, López, Cané, Mitre (Weiss) y, desde luego, Alberdi (Weiss, Chávez)- y escenificará las circunstancias de la iniciación: el préstamo de la *Ciencia nueva* «a algún lector animoso» (Ingenieros); la explicación del libro, hecha de viva voz, en el Salón (Marani).
115. J. Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, cit., p. 19.
116. J. Ingenieros, «El contenido filosófico de la cultura argentina», cit., p. 125; *La evolución de las ideas argentinas*, cit., p. 19.
117. J. Ingenieros, *La evolución de...*, cit., p. 19.
118. R. Treves, «Vico y Alberdi...», cit., p. 342.
119. De Manuel J. García a Juan M. de Rosas, Buenos Aires, 25 de junio de 1830 (carta autógrafa conservada en el Archivo General de la Nación). Cit. por A. Marani, *op. cit.*, p. 130.
120. «Cuando una idea política adopta un color por emblema suyo, y esta idea se levanta sobre todas

[suscita] el doble imperio de la sanción pública y de la moda, que también es una sanción pública. Tal es entre nosotros el color punzó, emblema de la idea federativa [que cuenta] con una doble autoridad de que sería ridículo pretender sustraerse». Art. «Modas políticas», en *La Moda*, Bs. As., 2 de diciembre de 1837. En Juan Bautista Alberdi («Figarillo»), *Escritos satíricos y de crítica literaria*, Asociación Argentina de Letras, Bs. As., 1986, p. 154.

121. R. Treves, «Vico y Alberdi...», cit., p. 342 (subrayado mío).

122. *Ibid.*

123. Tampoco es verosímil, como conjetura el autor (*loc. cit.*, p. 348), que la primera edición francesa de la *Scienza nuova* (*Principes...*, 1827) «haya sido traída ...en el mismo año 1827 ...por Pedro de Angelis»: éste dejó Francia a comienzos de diciembre de 1826.

124. R. Treves, «Vico y Alberdi...», cit., pp. 335, 346 ss.

125. J. B. Alberdi, «Mi vida privada...», cit., pp. 380, 386.

126. R. Treves, «Vico y Alberdi...», cit., p. 335.

127. Vicente Fidel López, «Autobiografía» (1896), en *Evocaciones históricas*, Jackson, Bs. As., s.f., pp. 39-40.

128. Cit. por R. A. Arrieta, *La ciudad y los libros*, cit., p. 76.

129. E. Echeverría, «Cartas a don Pedro de Angelis», cit., p. 178.

130. Carta de Florencio Varela a Juan María Gutiérrez (1 de agosto de 1837) cit. en nota 97. La misma aparente comprobación de que «Angelis se burla de todos» figura en una carta de Florencio Balcarce a Félix Frías (29 de octubre de 1837) transcrita asimismo en F. Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, cit., p. 202.

131. Cfr. nota 9.

132. José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1944, pp. 61-62.

133. El retrato más acabado de de Angelis producido por Mansilla figura en su *causerie* «El señor Don Pedro». Véase Lucio V. Mansilla, *Entre-Nos. Causeries del jueves*, Hachette, Bs. As., 1963, pp. 424-430. Para otras referencias, cfr. del mismo autor: *Rozas. Ensayo histórico-psicológico*, Sociedad Impresora Americana, Bs. As., 1945, pp. 141-143; *Retratos y Recuerdos*, Jackson, Bs. As., s.f., p. 151.

134. El periódico madrileño la hizo conocer en septiembre-octubre de 1838 y el *Diario de la Tarde*, de Buenos Aires, reprodujo la serie en su sección de primera plana «Extractos de periódicos extranjeros» [sic] a comienzos del año siguiente: el primer artículo se publicó en el núm. 2250, del sábado 5 de enero de 1839 y el último en el núm. 2293, del jueves 28 de febrero de 1839.

135. Paolo Becchi, «Origini della 'Wirkungsgeschichte' di Vico in Germania», en *Materiali per una storia della cultura giuridica*, Bolonia, año XI, n. 2, diciembre de 1981, pp. 275-323.

136. Giambattista Vico, *Grundzüge einer neuen Wissenschaft über die gemeinschaftliche Natur der Völker*, Leipzig, Brockhaus, 1822 (cit. en P. Becchi, «Origini...», cit., p. 295).

137. Benvenuto Donati, *Nuovi studi sulla filosofia civile di G.B. Vico*, Le Monnier, Florencia, 1936; el volumen incluye algunas cartas de de Angelis a Michelet en el año 1826 (cit. en P. Becchi, «Origini...», cit., p. 303).

138. Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, Pomaire, Bs. As., 1980, pp. 31-32. La referencia aparece acogida en la ampliación del estudio de Paolo Becchi. Cfr. *Vico e Filangieri in Germania*, cit., pp. 56-57, nota.

* * *